



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Escuela de pregrado - Departamento de Sociología

Construcción de masculinidades en torno al consumo de alcohol y marihuana en jóvenes varones de Puente Alto.

Memoria de Título para optar al grado de Sociólogo

Autor:

Leonardo Alarcón Valdebenito

Profesor guía:

Claudio Duarte Quapper

Santiago de Chile

Mayo 2022

“Vengo del Chile, del Chile feo.

Dónde niños nacen solo para ser reos.

Pa’ ser de la constru’, pa ser de la calle.

Le pido a Dios que la suerte no falle.

Y el detalle, es que en la clase alta está la mayoría del dinero del país.

Y eso lo dicen las estadísticas, los porcentajes.

Estoy hablando con base.

El otro detalle, es que hay más pasta base en la población.

Que libros en un colegio.

Antes quería ser Pablo Escobar.

Ahora sólo quiero ser alguien mejor”.

Facts - Pablo Chill-e

Agradecimientos

Quiero agradecer a tod@s quienes me apoyaron en los momentos difíciles, que en muchos casos excedieron la realización de esta investigación. A mi madre, Marili, por ser amiga y compañera en tantos momentos que la luz se ve difusa. A mi padre, Aquiles por su amor incondicional a pesar de nuestras diferencias. A mi abuela, Olga por su sabiduría y alegría compartida. A mis hermanas, Bárbara y Diana por su compañerismo y complicidad incondicional. A mis amistades, Xaviera, Luna, Iris, Iku, Alex, Hydra, Aaron por los hombros prestados para poder sobrellevar los escenarios más inhóspitos. A mis amistades por su fortaleza y sensibilidad infinita entre tanto frío y desesperanza. A Klaudio por su apoyo y consejos en formas que disputan las jerarquías en la academia.

Dedicado a todos los cabros que me confiaron sus experiencias y sentires. Para todos quienes alguna vez han encontrado refugio en distintas sustancias, hay esperanza entre tanta dificultad, pero todos necesitamos de vez en cuando un hombro donde llorar. No estamos solos.

Resumen del diseño

Esta investigación trata la construcción de masculinidades en jóvenes de Puente Alto en torno al consumo de alcohol y marihuana, abordando el tema del consumo desde un paradigma sociocultural. La construcción de masculinidades y su relación con el consumo se ve mediada por la clase social y la familia de los jóvenes. La pregunta de investigación es ¿De qué manera el consumo de alcohol y marihuana se relaciona con la construcción de masculinidades en varones jóvenes de Puente Alto? Los objetivos específicos son: Analizar vínculo entre el contexto en el que se ven envueltos los jóvenes varones y la construcción de masculinidades; Examinar la relación entre familia y consumo en jóvenes; Analizar el consumo como parte de la socialización en varones jóvenes. Esta investigación es de tipo cualitativa, cuya principal técnica de producción de información es la entrevista en profundidad en formato virtual, mientras que la técnica de análisis es el análisis de contenido para la formulación de resultados que den cuenta de la relación en la socialización en jóvenes por medio de la configuración de masculinidades jóvenes.

Palabras claves: Consumo, masculinidades, jóvenes, alcohol, marihuana.

Contenido

1. Introducción	6
2. Antecedentes	8
3. Antecedentes de investigaciones previas	10
4. Marco teórico	14
Masculinidades	15
Familia	22
Juventudes	26
Continuidades y quiebres en las formas de consumo	30
5. Planteamiento del problema	35
6. Marco metodológico	37
7. Análisis y resultados	40
Masculinidades: Entre el hogar y la calle.....	40
Masculinidades dentro del hogar	41
Masculinidades y el espacio público: La calle	48
Reflexiones	53
Consumo y familia	55
El consumo se adapta	55
Transgresión y consumo.....	60
Reflexiones	63
Consumo, un gusto adquirido	64
El consumo como hito en las juventudes.	64
Emocionalidad y consumo	68
El peligro y el consumo.....	72
Reflexiones	74
9. Conclusiones.	75
Referencias.....	80

1. Introducción

La presente investigación nace a partir del propio interés de poder dar cuenta de un fenómeno social de alta importancia en jóvenes, el consumo de distintas sustancias. A partir de las propias vivencias, como el crecer en una periferia de la ciudad de Santiago con un entorno con alta presencia de consumo de drogas, es que se torna necesario estudiar la especificidad de las experiencias en torno al consumo de alcohol y marihuana dentro de Puente Alto, la comuna con más habitantes de Chile, siendo uno de los primeros centros de aglomeración urbana de la región, con más de 700 mil habitantes (Municipalidad de Puente Alto, s.f.). Junto con tener una alta población, Puente Alto ha sido estigmatizada de distintas maneras, adjudicándosele distintas características que se asocian al crimen, el narcotráfico, entre otras problemáticas, recibiendo incluso el nombre de Puente Asalto. Esta comuna se ubica en un nivel socioeconómico medio-bajo, con una alta concentración de viviendas sociales (Azócar, Gutiérrez & Velasco, 2015), fuera del centro de la ciudad, configurándose como una periferia, sufriendo las consecuencias de la segregación territorial y social, al igual que sus habitantes.

Al entender el consumo de dichas sustancias como una actividad eminentemente social, es que se busca dar cuenta de las distintas relaciones que existen entre la construcción de masculinidades y el consumo de alcohol y marihuana en varones jóvenes, a la vez que esto se ve mediado por la clase social, en tanto supone distintas vivencias y representaciones del consumo y de las masculinidades. Se vuelve necesario entender el consumo desde una óptica sociológica y con un enfoque de género, para mostrar la complejidad del fenómeno, en donde a través de las prácticas y discursos que se reproducen, se forma un puente entre los individuos y la estructura social. De esta manera se busca dar un enfoque social a un fenómeno que muchas veces ha sido individualizado y abordado desde un enfoque meramente legal o de salud pública.

A través de las distintas instituciones y discursos que sirven de fundamento y agentes para la socialización del género, se busca dar una nueva visión al fenómeno del consumo en jóvenes. Para esto se analizan los efectos directos que tiene sobre la idea de lo masculino en jóvenes distintas instituciones como la familia, y su organización específica actual como también la calle como espacio de socialización en donde confluyen varones.

Para lograr lo que esta investigación se propone, se optó por metodologías de tipo cualitativa, con el uso de la entrevista en profundidad en formato virtual como técnica de producción de información y analizadas a través del conjunto de técnicas de análisis de contenido. Toda esta información es construida junto con varones jóvenes de la comuna de Puente Alto.

En cuanto a la relevancia teórica, este estudio supone una contribución en tanto tiene el afán de profundizar las relaciones entre las masculinidades y el consumo de ciertas drogas, tomando el consumo que no se considera problemático necesariamente, sino el consumo a partir de su dimensión de socialización entre hombres, el cual no necesariamente es sancionado socialmente al nivel que sí lo sería el consumo problemático de estas sustancias. Además, al agregar la variable clase social, se puede especificar aún más el carácter del consumo, dotando de contexto a este al asociarse a distintos tipos de masculinidades que responden a espacios donde toma lugar el consumo, como la calle.

En lo práctico esta investigación ofrece un enfoque centrado en las masculinidades como variable que incide en el consumo de alcohol y marihuana, lo cual conlleva una metodología distinta a la que se suele implementar para las políticas públicas preventivas para el consumo y para las investigaciones relacionadas al consumo de drogas. Las relaciones de género que funcionan de entramado para el consumo significan un espectro social que no ha sido abordado integralmente. Además, al diferenciar el consumo según clase social, se aporta con un enfoque aún más particular para entrever los factores que pueden incidir en este. De esta manera, al caracterizar de forma más compleja a los sujetos, se da pie para entender de manera integral el fenómeno del consumo de drogas en jóvenes.

La estructura del texto inicia con una breve introducción al fenómeno a estudiar, para luego entregar algunos antecedentes empíricos, seguido de antecedentes de investigaciones que traten temas afines. Posteriormente, se da paso a una discusión teórica dividida en capítulos según cada temática, pasando por Masculinidades, Familia, Juventudes y finalmente Continuidades y quiebres en las formas de consumo. A continuación, se da cuenta del planteamiento del problema y ciertas precisiones metodológicas. Luego se da paso a los tres capítulos de análisis según cada objetivo específico, para finalizar con conclusiones generales y posibles líneas de investigación futuras.

2. Antecedentes

La necesidad de estudiar el consumo de alcohol y marihuana en jóvenes en Chile se acentúa en base a los resultados obtenidos en el informe sobre el consumo de drogas en las Américas de la CICAD (Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas) en conjunto con la OEA (2019), los cuales posicionan a Chile como el país con mayor prevalencia de consumo de marihuana en el último año en América del Sur, y tercero respecto al consumo de alcohol en el último mes. Al hacer un análisis más detallado podemos ver que el grupo etario de mayor consumo de ambas sustancias es la población entre 18 y 34 años, teniendo casi un 60% de prevalencia de consumo en el último mes, superando por 10 puntos porcentuales al grupo que comprende a las personas de entre 35 a 64 años.

Para el caso del consumo de marihuana, se muestra una mayor diferencia entre los distintos grupos etarios, es así como las personas entre 18 a 34 años muestran una prevalencia del consumo en el último mes de un 27%, superando en más de 15 puntos porcentuales al grupo entre los 12 a los 17 años. Cabe destacar que el consumo de este último grupo es mayor que el consumo de personas entre 35 a 64 años. De esta manera, se vuelve posible vislumbrar que el consumo de estas sustancias se concentra en jóvenes, tal como las distintas políticas públicas que buscan combatir el consumo de drogas y alcohol.

Otro ejercicio interesante es observar los datos disgregados según género. Es así como se ve un mayor consumo por parte de los hombres, superando al consumo de mujeres por más de 10 puntos porcentuales para el alcohol, y cerca de 8 puntos porcentuales para el caso de la marihuana (2019). Es así, que surge la necesidad de estudiar el consumo de alcohol y marihuana con un enfoque de género, para lograr una visión integral de las razones y formas de consumo, entendiendo que este fenómeno tiene importantes factores sociales, mostrando cambios a lo largo de la historia. Es así como en sociedades modernas el consumo de drogas se ha diferenciado de su carácter puntual y ritualizado que tuvo en el pasado. Así el alcohol y la marihuana se constituyen como una droga “social” en sentido histórico (Becoña, 2000) al ser inmiscuidos en las dinámicas sociales, lo que significa que responden, por ejemplo, a las implicancias del sistema sexo/género, como lo son las *masculinidades*.

Otro antecedente importante son los resultados del décimo tercer estudio de drogas en población general del Observatorio chileno de drogas (2018), el cual muestra que desde el 2010 a la fecha ha existido un aumento sistemático del consumo de marihuana dentro del último año, explicitándose una diferencia estadísticamente significativa entre la brecha del consumo de hombres por sobre el de mujeres, con más de 10 puntos porcentuales de diferencia, a la vez que el grupo etario con mayor porcentaje de prevalencia de consumo de marihuana en el último año, alcanzando un 32,1%, es el que comprende desde 19 a 25 años.

Es importante dentro de este estudio que, al disgregar los datos según nivel socioeconómico, no existen diferencias estadísticamente significativas entre estos grupos, pero sí existen diferencias en el tipo de marihuana que se consume, siendo los niveles socioeconómicos más bajos los que consumen en mayor proporción marihuana de tipo prensada, lo cual puede asociarse a mayores problemas de salud derivados del consumo, un mayor acercamiento a otras sustancias, entre otras consecuencias que pueden derivarse de esto.

El mismo estudio para el caso del alcohol arroja dentro de sus resultados una disminución significativa de la prevalencia en el consumo dentro del último mes en la población general, sin embargo, vemos que la tendencia en hombres se mantiene, mientras que para el caso de las mujeres se ve un descenso, estableciéndose una brecha con significación estadística entre hombres y mujeres, lo cual ha sido tendencia en estos estudios. El mismo grupo que comprende entre 19 y 25 años es el grupo con mayor prevalencia de consumo de alcohol.

Otro indicador de este estudio que nos permite dar luces de este fenómeno es la exposición a oferta en el último año, para el caso de la marihuana encontramos brechas importantes según género, habiendo una mayor proporción de ofrecimientos en hombres que en mujeres (un 24,7% frente a un 15,5%) y en mayor proporción en jóvenes, específicamente entre los 19 y 25 años. Es en este contexto que el Estado, a través de los municipios impulsó la implementación del plan “Elige vivir sin drogas” en el 2019, el cual buscó prevenir el consumo de drogas y alcohol en jóvenes, a través de 4 pilares fundamentales que son la familia, la escuela, el tiempo fuera de la escuela y el fortalecimiento de los liderazgos positivos dentro de grupo de pares. Esta política pública se basa en el modelo islandés “Planet Youth”, que logró que Islandia pasara de tener los mayores índices de consumo de drogas en Europa, a los más bajos del continente en 20 años (Senda, 2019).

Se vuelve problemático que dicha intervención busque replicar políticas públicas de un ambiente a otro, dejando de lado la especificidad del territorio y de los/as sujetos/as que tiene como beneficiarios/as, dejando fuera del panorama general los distintos factores que inciden en que los/as jóvenes consuman distintas sustancias.

Teniendo lo anterior como base de resultados, parece pertinente estudiar de qué forma el consumo se relaciona con la socialización en jóvenes, según los distintos espacios sociales que frecuentan y las relaciones que se construyen, a través un enfoque de género. Resulta necesario observar la relación dialógica entre el consumo, el espacio, las relaciones que se asocian y la construcción de masculinidades en jóvenes, en este caso de Puente Alto.

3. Antecedentes de investigaciones previas

Dentro de los principales hallazgos en torno a las masculinidades en Chile se pueden nombrar, una identidad masculina juvenil nutrida a través de la producción cultural en la que los jóvenes se desenvuelven. Es así como se entiende la calle como espacio social en donde se aprehenden prácticas, hablas y valores, además de caracterizar a los grupos que se reúnen en la calle, como un grupo de socialización masculina juvenil (Duarte, 1999). También es importante destacar el carácter que toma la calle, en tanto se construye en base al quiebre de las leyes que rigen lo público y lo privado (Fuller, 1997), diferenciándose de otros espacios como la escuela, que posee autoridades sancionadoras que no permiten la expresión de ciertos aspectos de la masculinidad juvenil que la calle sí posibilita (Duarte, 2005). Un aporte importante es el texto *Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo* (Duarte, 1999) el cual nos permite acercarnos al fenómeno de las masculinidades en Chile por medio de la conceptualización de tres estilos distintos de convivencia. *Lo tradicional*, que se enmarca en una noción fuertemente patriarcal; otro estilo de *semi tensión* que se posiciona desde la ambigüedad entre la aceptación de lo tradicional y el rechazo hacia ella con algunos intentos de alternatividad; y, por último, la visión *alternativa* que no responde a las masculinidades hegemónicas, sino que construye propuestas de modos de vida equitativa, solidaria y tierna entre los géneros y al interior de ellos (Duarte, 1999).

Dicha investigación postula como principales factores socioculturales que inciden en la construcción de las masculinidades en Chile, el cuestionamiento de los roles de género por parte de las mujeres, las sanciones por desviaciones sexuales respecto a la heterosexualidad, la conquista de mujeres, contextos de pobreza, entre otros.

Cabe destacar que dicha investigación de Duarte (1999) integra el consumo de drogas y alcohol como un factor en la construcción de masculinidades, aunque no le entrega un rol central en ella. Dentro de las principales conclusiones relacionadas a este tema destaca la medición de calidad de momentos colectivos de diversión en base a la cantidad de alcohol que se ha consumido, siendo un mejor momento el cual haya contenido una mayor ingesta.

Otra investigación que sirve como aporte es “Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol” de José Zucal (2005a). Esta etnografía analiza otro aspecto relacionado a las masculinidades, los usos y representaciones del cuerpo en varones. Un aporte teórico importante es entender la masculinidad de ciertos grupos como *alternativa*, en tanto la ilegalidad de sus prácticas y la desaprobación social de ellas los posiciona en un lugar distinto y en una relación asimétrica respecto a la masculinidad *hegemónica* (Zucal, 2005a). Si bien este grupo presentaría una masculinidad *alternativa*, esta no reniega los valores viriles, sino que viene a reafirmarlos a través de prácticas que terminan por redoblar esa apuesta viril.

En general esta investigación ahonda con mayor profundidad el consumo de drogas y alcohol como factor en la construcción de las masculinidades, haciendo uso del concepto de *aguante* (Zucal, 2005a), entendido como una forma típica de honor que valora comportamientos y propiedades violentas, ya sea en riñas o al momento de consumir distintas sustancias. El cuerpo tiene resistencia, ya que afronta la desmesura de consumos prohibidos o socialmente estigmatizados. Es así como beber alcohol y consumir marihuana expresa y reafirma la masculinidad, por lo tanto, ser hombre se relaciona con consumir drogas sin perder la conciencia con premura, valorando positivamente a los sujetos que están borrachos o drogados, así las adicciones funcionan como signo de prestigio (Gil, 1998).

Verónica Vásquez y Roberto Castro en su investigación “Masculinidad hegemónica, violencia y consumo de alcohol en el medio universitario” (2009), también han analizado la reproducción de las masculinidades en contextos universitarios, identificando dos discursos predominantes

sobre la masculinidad hegemónica en jóvenes. El primero refiere a la necesidad de tomar riesgos durante la juventud con el fin de reafirmar la masculinidad, estas prácticas riesgosas son principalmente la violencia y el consumo de drogas. El segundo discurso habla de evitar dichos riesgos para asumir responsabilidades adultas cuando terminen sus estudios (Vásquez & Castro, 2009). Dentro de las principales conclusiones que se desprenden de esta investigación, se puede nombrar cómo estas prácticas de consumo de drogas se realizan en grupo de amigos, de manera que el restarse de estas instancias presenta costos sociales (exclusión). Un estudio cualitativo en México de Stanley Brandes (2002) que trabaja con un círculo de alcohólicos anónimos, llega a una conclusión similar, en tanto el hecho de dejar de consumir alcohol llevaría a un cuestionamiento de la propia identidad de género y un cambio en las relaciones de amistad, ya que por lo general las amistades masculinas fomentan el consumo en tanto es intrínseco a la amistad entre hombres.

Es así como el consumo de alcohol y la posterior borrachera se transforman en condición para que los hombres puedan hablar sincera e íntimamente, llegando a constituirse como una parte de su personalidad, y que por consiguiente el dejar abruptamente de beber, deviene en un cuestionamiento de su propia identidad de género (Brandes, 2002). Esta contradicción entre el ánimo afectuoso que exhiben los hombres alcoholizados y la representación dominante de la masculinidad, como seres principalmente inexpresivos, se resuelve a través de la idea de que los verdaderos hombres beben, redefiniendo, en lo simbólico, el llanto, los abrazos, las reiteradas declaraciones de afecto, acciones que si tomaran lugar fuera del consumo de alcohol, serían clasificadas como muestras de poca virilidad (Vásquez & Castro, 2009), asociadas a la femineidad y/o homosexualidad.

Respecto al caso chileno en específico, algunos autores buscan nombrar ciertos atributos que se asocian a un *estilo cultural nacional* de los hombres chilenos, tales como el ser introvertido, tímido, poco expresivo y temeroso de romper barreras de una buena conducta (Valdés & Olavarría, 1998), sin embargo, esta última característica puede estar mediada por la clase social, y no presentar este nivel de temor al romper las reglas en clases sociales populares.

En tanto al modelo de “ser hombre”, a través del análisis de los relatos registrados, se caracteriza por ser un sujeto activo, que ejerce derechos, y también es ley al interior del hogar, ya que busca obediencia de mujeres y niños/as, mientras que trata de igual a igual a otros hombres, evitando verse disminuido por otro (Valdés & Olavarría, 1998). Respecto a la sexualidad, el “ser hombre”

conlleva ser heterosexual, conquistar mujeres y subordinar a las masculinidades homosexuales, en tanto en la ideología patriarcal la homosexualidad en hombres recibe toda práctica que simbólicamente expelle la masculinidad hegemónica, asociándose a la *femineidad* (Connell, 1997).

En general, el estudio de la relación entre drogas y masculinidades se ha trabajado de manera indirecta, en tanto se estudia el consumo de drogas y alcohol como una de las distintas dimensiones de la masculinidad hegemónica, por lo general en relación con distintos espacios, como lo es la calle, estadios deportivos, entre otros que dotan de contexto las prácticas y que suelen ser recurrentes en clases populares, además de construirse como un espacio privilegiado para la transgresión de normas y la construcción hacia otros, acciones que son asociadas a hombres (Duarte, 1999; Zucal, 2005a).

Otra investigación que puede dar ciertas luces respecto al fenómeno del consumo de marihuana y alcohol en Chile es “Características individuales y de la estructura familiar de un grupo de adolescentes abusadores de alcohol y marihuana” de Reginal Rees y Alejandra Valenzuela (2003). Esta investigación es de tipo cuantitativa, y si bien no integra la variable masculinidades, dentro de los resultados más interesantes se muestra que en los casos donde solo se consume una droga, esta suele ser marihuana y no el alcohol.

En base a la anterior revisión bibliográfica, podemos demostrar que efectivamente existe una relación estrecha entre el consumo de alcohol y marihuana con la construcción de masculinidades en jóvenes santiaguinos, mostrando distintas implicancias según la clase social a la que se pertenece. Sin embargo, no existe un análisis profundo de las causas del consumo y la historia de cómo los hombres se organizan en torno a este. De esta manera, el consumo de distintas sustancias serviría como principio socializador entre hombres, permitiendo la expresión de muestras de afecto y la mantención de amistades entre ellos, ya que en la gran mayoría de los casos se percibe una falta de vocabulario y lenguaje para expresar y describir situaciones y emociones íntimas (Valdés & Olavarría, 1998). He aquí el rol que juega el consumo de distintas sustancias y el cual se busca profundizar: el de generar cohesión entre hombres sin caer en prácticas asociadas a la *feminidad*, o resignificándolas para hacerlas funcionales a la construcción de la *masculinidad hegemónica* según el espacio donde se consume, para así poder superar la restricción de la expresión pública del afecto (Snell, Belk & Hawkins, 1987).

Es en base a las distintas implicancias (histórica, legal, social) del consumo de marihuana y alcohol, tanto en conjunto como por separado, que nace el interés de estudiarlo desde un enfoque de género, para así dar cuenta del entramado social que engloba la actividad del consumo de drogas.

4. Marco teórico

Para aproximarnos al consumo de marihuana y alcohol en varones jóvenes es preciso integrar distintos conceptos que aporten a la comprensión del fenómeno. En virtud de un enfoque que integre una perspectiva de género y juventudes es que se opta por cuatro capítulos que nos entreguen ciertas líneas para un análisis específico.

El primer apartado hace una revisión de los conceptos asociados a masculinidades, entendiendo que el consumo adquiere dinámicas específicas al darse en varones, enmarcándose dentro de las relaciones de género, socializando a jóvenes dentro de las normas sociales, moldeando sus identidades y comportamientos.

El segundo apartado recoge distintos aportes en torno a la institución de la familia, dando cuenta del carácter socializador que ésta juega en el desarrollo de varones jóvenes. Junto con lo anterior, la familia significa un espacio social en donde se configuran distintas relaciones y jerarquías en torno al género y las generaciones, aportando a una comprensión que se condice con el enfoque de esta investigación.

El tercer apartado revisa aportes y limitaciones de distintas perspectivas referentes al fenómeno de las juventudes. Es así que se presenta una visión socio-histórica de éstas, entendiéndolas como un conjunto de grupos heterogéneos en base a las jerarquías que se dan dentro de un sistema adultocéntrico y neoliberal.

Por último, se hace una revisión en torno a continuidades y quiebres en torno al consumo de alcohol y marihuana. Haciendo una revisión histórica, es que se da cuenta de los cambios en los patrones de consumo situándolo en Chile, mientras que a la vez se nombran ciertas distinciones en el consumo a partir del género.

Masculinidades

Uno de los conceptos que servirán de guía durante esta investigación es el de socialización, el cual en términos generales refiere al proceso por el cual los sujetos interiorizan normas, reglas, valores en base al contexto, tanto social como histórico, en el que habitan. Para este fenómeno existen distintas instituciones que ayudan a que las personas aprehendan estos patrones, llamados agentes de socialización, como lo son los medios de comunicación masiva, la familia, los grupos de pares, entre otros (Simkin & Becerra, 2013). De esta forma, los agentes de socialización presentarían un objetivo: lograr la mantención de ciertos consensos valorativos y normativos en común, de manera que sirven de una suerte de bisagra entre las estructuras sociales y los individuos, en tanto logran que dichas instituciones y estructuras hagan sentido a las personas, sin lo cual el sistema social se desintegraría (Simkin & Becerra, 2013).

A su vez en la socialización, según Berger y Luckman (1968), se puede distinguir dos tipos, siendo una la socialización primaria, entendida como la primera introducción de las personas en la sociedad, esto quiere decir la internalización de este mundo externo, el cual está construido socialmente y que será tarea de los agentes socializadores que las personas incorporen a su conducta e imaginarios. Para el caso de esta socialización primaria se suele establecer como agentes socializadores fundamentales a la familia.

Por otro lado, la socialización secundaria se forma por los procesos que ponen al sujeto en nuevos roles y contextos de la sociedad, lo cual puede en algunos casos entrar en disonancia con los roles interiorizados en la socialización primaria (Simkin & Becerra, 2013). En este segundo momento de socialización los agentes socializadores por excelencia son la escuela o los grupos de pares.

De esta manera, por medio de ciertas expectativas como una influencia importante en los jóvenes, se logra la conformidad y obediencia de normas y valores grupales. Es necesario entender estos conceptos en relación con las masculinidades, en tanto los sujetos aprehenden lo que es ser hombre por medio de la socialización y sus distintos agentes

Siguiendo esta línea de los conceptos que se vuelven necesario esclarecer, encontramos el de masculinidades, en tanto se entiende como un concepto inherentemente relacional. Esto quiere decir que existe únicamente en contraste con las femineidades, siendo una construcción de

carácter histórica y semiótica, entendida como un sistema de diferencia simbólica en donde se contraponen espacios masculinos/femeninos y distintas prácticas asociadas que ubican a los sujetos en el espacio social. De esta forma, las masculinidades son una posición dentro de las relaciones de género, las prácticas por las cuales las personas se comprometen con su posición de género y los efectos de dichas prácticas, tanto a nivel personal, corporal y cultural (Connell, 1997).

Es importante hacer la salvedad respecto a que no existe una masculinidad única y unificada, sino que las masculinidades se relacionan con distintos fenómenos que forman masculinidades específicas, como es el caso de la clase social, en tanto distintos estudios muestran de qué manera esta variable incide en diferentes procesos de construcción de masculinidades. Valdés y Olavarría (1998) muestran algunas de estas diferencias, a través de cómo en sectores populares no se experimenta una crisis de la identidad masculina dominante, mientras que en los sectores medios y altos se muestra un mayor cuestionamiento discursivo de este modelo masculino hegemónico. Mientras que en los sectores populares se cuestionan ámbitos relacionados a la masculinidad hegemónica como el trabajo o las relaciones de pareja, en sectores medios y altos se cuestiona la poca participación de hombres en la paternidad o la limitada capacidad expresión de sus sentimientos, mostrándose críticas específicas a esta masculinidad dominante según cada clase social.

Desprendiéndose de este primer concepto nos podemos acercar al concepto de masculinidad hegemónica, entendiendo que no existe una única masculinidad, sino que responde a un contexto de clase y una multiplicidad de otras variables. De esta manera, cuando hablamos de masculinidad hegemónica nos referiremos a un proyecto de género genérico (Connell, 1997), el cual configura las prácticas a través del tiempo de modo que resuelve el problema de legitimidad del patriarcado, utilizando el recurso de la autoridad del ideal de hombre (heterosexual, blanco) por sobre cualquier corporalidad que no encaje en esta figura. Es así como podemos hablar de la masculinidad hegemónica como una dominación cultural, la cual analíticamente podemos dividir en tres principales relaciones internas al orden del género: Hegemonía, subordinación y complicidad.

La hegemonía para este caso puede ser entendida como la dinámica cultural por la cual se sostiene una forma de masculinidad por sobre el resto de las masculinidades posibles (Connell, 1997). La subordinación refiere a la dominación de un grupo sobre otro subordinado, el caso

más importante en occidente es la dominación de hombres heterosexuales por sobre hombres homosexuales, esta dominación y subordinación es posible por medio de un conjunto de prácticas cuasi materiales. La complicidad refiere a que, pese a la incapacidad de muchos hombres de lograr los mandatos de la masculinidad hegemónica, aún obtienen por medio de la hegemonía esta ventaja producto de la subordinación de mujeres y disidencias sexuales.

Además de estas tres relaciones internas al orden genérico también se puede hablar de marginación para referirse a las relaciones entre las masculinidades en las clases dominantes y subordinadas en sociedades de pluridominio (Duarte, 2016), es decir en donde se entrecruzan distintos sistemas de dominio que subordinan a distintos grupos, dígase racismo, adultocentrismo, clasismo o segregación territorial.

Dentro de algunas características que se pueden asociar a la masculinidad hegemónica se encuentra la heterosexualidad obligatoria en tanto institución política (Rich, 1996), más que como una mera una decisión personal, funcionando como mito que funda la sociedad (Wittig, 2006) que genera una subordinación hacia mujeres y varones no heterosexuales. Es por medio de esta que se busca normalizar la diversidad y disidencia erótica para racionalizarla, siendo el resultado de un ideal normativo y emocional, con base en el ideal romántico. Este ideario se asocia a la institución del matrimonio como culminación de un ideario en torno al género, el cual nace dentro del siglo XIX por medio de la instauración de un tipo específico de pareja, mostrando su mayor hegemonía a mediados de la década de 1960 (Colina, 2009).

La heterosexualidad cumple un rol fundamental dentro de la masculinidad hegemónica, aportando en la definición de subjetividades y la socialización por medio de relaciones intersubjetivas de distinto tipo, como la familia, la escuela, el grupo de pares, actuando por medio de la fuerza física o por el control de conciencia (Rich, 1996). De esta manera la heterosexualidad aparece rodeada por un cerco que le otorga un carácter asociado a “lo natural”, haciéndola ver como un terreno apolítico, erigiéndose como un dato anterior a la ciencia y a la cultura.

La heterosexualidad como régimen político guarda una estrecha relación con la masculinidad hegemónica, operando por medio de mecanismos homólogos, la idea de otredad (Wittig, 2006). La otredad es central para la construcción de identidades, sobre todo la masculina. Esta construcción de lo masculino funciona como una constante reafirmación de la identidad

genérica, un ejercicio de diferenciación para demostrarse a sí mismos como a las demás personas que no son ni mujeres, ni homosexuales, ni niños (Badinter, 1993). Es así como la masculinidad no se define en base a lo que se es, sino que se conceptualiza en contraposición a aquello que no es masculino (Carrillo & Revilla, 2006).

La heterosexualidad se vuelve crucial en las identidades masculinas en tanto remite a dos de las tres bases que propone Badinter (1993) de la masculinidad hegemónica, el sexismo y la homofobia. Otras autoras atribuyen lo anterior al género como sistema en sí, no únicamente a las masculinidades (Sierra, 2002). Es de esta manera que por medio de la heterosexualidad, los varones logran diferenciarse a través de la lógica de pruebas negativas de la masculinidad (Badinter, 1993), en donde a través de la negación de otros/as se reafirma la propia identidad masculina, en específico hablamos de la negación de sujetos/as que se les asocian características leídas como inferiores (Bonino, 2003), como lo es lo femenino y lo homosexual, de manera que podemos hablar de un cruce que deviene en el heterosexismo y que funciona como pilar de la masculinidad hegemónica.

Es desde esta obligatoriedad de la heterosexualidad que la homofobia también se construye como un dispositivo para la composición y reafirmación de la masculinidad hegemónica. De esta manera, la homosexualidad se erige como lo abyecto, como un área de peligro. Mientras que las relaciones heterosexuales se expresan de forma pública en distintos espacios, la homosexualidad y otras orientaciones no heterosexuales carecen de esta legitimidad en el espacio público (Colina, 2009). Lo anterior también puede ser entendido como una consecuencia de las nociones de lo masculino/femenino y las consecuentes relaciones asimétricas entre personas por su género, identidad u orientación sexual (Sierra, 2002).

Respecto a la idea de homofobia (Sierra, 2002) esta se puede entender desde tres concepciones: una primera que habla de homofobia como represión, en tanto los hombres que toman actitudes homofóbicas buscarían ocultar la propia atracción sexual hacia personas del mismo género, compensando esto por medio de una hipermasculinización de sus actitudes. Una segunda idea de homofobia responde a la ignorancia, en donde un miedo irracional sería consecuencia de la falta de información o de las imágenes negativas construidas en torno a la homosexualidad como merecedora de castigo. En tercer lugar, se puede entender la homofobia como un tipo de respuesta política, en tanto se piensa que las personas de orientaciones no heterosexuales e identidades no conformes al sistema heterosexista serían un grupo que hace uso de un tipo de

política contra la heterosexualidad y los privilegios del heteropatriarcado en la sociedad. Esta última concepción se transforma en un término político, no psiquiátrico, por parte de grupos conservadores o individuos que son reacios a los logros de grupos de la disidencia sexual (Sierra, 2002).

Es así que la homofobia se vuelve crucial en las identidades masculinas, en tanto el homoerotismo o las muestras de afecto entre personas del mismo género, sobre todo entre varones, vienen acompañadas con cierto temor o límites en gran medida infranqueables, códigos que han sido traspasados de generación en generación (Cornejo, 2010), suponiendo importantes dificultades en la expresión de emociones entre varones, pero no exento de disputas y quiebres en nuevas generaciones.

Si bien en la actualidad podríamos decir que existe una mayor apertura a orientaciones no heterosexuales, aún en la práctica estas se mantienen subordinadas a la heterosexualidad, es así como se pueden señalar distintos posicionamientos hacia personas no heterosexuales.

Un primer posicionamiento es la homofobia que ya fue delimitada con anterioridad. Un segundo posicionamiento es la tolerancia bajo la condición de invisibilidad (Jones, 2010), entendida como una actitud de aceptación hacia prácticas homo afectivas-eróticas con la salvedad de que estas no sean de carácter público o que sean discretas, llegando también al nivel de no querer la cercanía de personas homosexuales. Otro posicionamiento que encontramos es el respeto por las elecciones sexuales, lo cual se diferencia de una idea de tolerancia como el “soportar”, ya que no exige condiciones a cambio de este respeto y su visibilidad. Es necesario precisar que en todas estas posiciones se construyen desde una asimetría, en donde las personas heterosexuales deciden qué posicionamiento conceder, incluso cuando se posicionan desde el respeto puede en muchos casos caer en la condescendencia (Tomasini, Bertarelli & Esteve, 2015).

A su vez es necesario dar cuenta del contexto en el que se encuentran actualmente las masculinidades, en tanto se ha presenciado importantes transformaciones y cuestionamientos en torno al género. Uno de los puntos de quiebre han sido las transformaciones vividas en la identidad femenina, en búsqueda de una mayor libertad sexual, como también una progresiva incorporación de mujeres en el mercado del trabajo y puestos de poder (Infantes & Delgado, 2011). Estas transformaciones han presentado distintos hitos en las últimas décadas en nuestro país, siendo la más reciente las movilizaciones feministas de mayo del 2018, caracterizadas por

la toma de espacios universitarios a lo largo del país junto con grandes movilizaciones en contra del sexismo en la educación y la violencia de género (Reyes-Householder & Roque, 2019).

En vista de esto nos encontramos frente a un fuerte cuestionamiento a la jerarquización de la sociedad en torno al género y si existe un cuestionamiento a la idea y prácticas asociadas a la femineidad, se ha visto también un cuestionamiento a las masculinidades (Ruíz & Mandujano, 2021).

Esta crisis o cuestionamiento a la masculinidad hegemónica surge como un punto de partida, una posibilidad para la construcción de una multiplicidad de masculinidades y una reconfiguración de las jerarquías que se han mantenido a lo largo del tiempo. Si bien se puede decir que esta diversidad de masculinidades ha existido a lo largo de ya bastante tiempo, estas se han ampliado y expresado el último tiempo (Ruíz & Mandujano, 2021). Aquí se vuelve útil retomar los aportes de Duarte (2005), diferenciando entre tres tipos de masculinidades, una tradicional, otra en semi tensión y una alternativa. Por su parte, Riso (2008) presenta el concepto de masculinidades emergentes, en tanto las entiende no como un fenómeno nuevo, sino que las enmarca dentro de un proceso profundo de desarrollo sociocultural. Estas últimas tienen muchos puntos en común con la masculinidad alternativa que presenta Duarte.

Dentro de las características que algunos autores les atribuyen a estas masculinidades alternativas Boscán (2008) habla de un carácter no sexista ni homofóbico. En este punto las juventudes juegan un rol importante, en tanto nos encontramos frente a un cambio en las identidades que los jóvenes buscan construir, distanciándose de los modelos que guiaron la construcción de masculinidades en generaciones mayores (Ruíz & Mandujano, 2021).

Como se planteó anteriormente, la existencia de una masculinidad hegemónica a su vez supone la existencia de masculinidades subordinadas o alternativas, en tanto “no todas las masculinidades se encuentran en la misma posición de poder” (Díez, 2015, p.2). Es así que en este punto se vuelve necesario discutir el concepto de las masculinidades populares, para así dar ciertas luces de las especificidades que se ven en la identidad de género de los jóvenes en sectores populares.

En este punto el contexto juega un rol fundamental, es así como el entorno y distintas situaciones de empobrecimiento en distintos territorios del país construyen un espacio de exclusión, el cual sirve de marco de referencia para la proliferación de distintas identidades de género, como los son las masculinidades en jóvenes (Duarte, 2005).

Este entorno de exclusión al que se ven expuestos los jóvenes de sectores populares dialoga estrechamente con las expectativas por las cuales opera a la masculinidad hegemónica. Uno de los pilares de la masculinidad hegemónica es el rol de proveedor económico. Este papel toma un lugar de mucha importancia en los varones jóvenes de sectores populares, en tanto estos no experimentan un período prolongado de demora que para cumplir distintas obligaciones adultas (trabajo, paternidad), más bien presentan una integración más temprana al trabajo que los jóvenes de clases más altas (Duarte, 1999).

A su vez este rol de proveedor económico se vuelve difícil de asumir por parte de los varones jóvenes populares, en tanto existe un acceso desigual al trabajo, en donde los jóvenes de sectores empobrecidos ocupan puestos de trabajo menos calificados, una dificultad de acceso a empleos estables y una menor renta, todo esto en un contexto que presenta una alta tasa de cesantía juvenil en Chile, ocupando el cuarto puesto dentro de los países de la OCDE (Diario Financiero, 2021; Duarte, 2005).

Esta dificultad de cumplir con los estándares de la masculinidad hegemónica por parte de los varones jóvenes populares a su vez trae distintas consecuencias. Una de estas es la exaltación y sobreactuación de prácticas y atributos asociados a la figura del macho, dígame el uso de la violencia en espacios públicos, el uso de la mentira para inventar realidades, entre otras (Duarte, 2005). Es en base a esto que podemos entender las masculinidades populares como alternativas en cierto punto, en tanto no logra adscribir a las expectativas asociadas a una masculinidad hegemónica, pero si bien es alternativa en algunos puntos, no reniega muchos de los elementos leídos como masculinos (Álvarez 2016), sino que exaltan otros aspectos, llevándolos al extremo (Zucal, 2005b).

Otro concepto que es de utilidad para aproximarse a las masculinidades populares es el aguante, entendido como concepto que relaciona prácticas violentas con la masculinidad (Zucal, 2005b). De esta manera el cuerpo masculino se entiende como un recurso a disponer, el cual debe aguantar situaciones violentas de distinta índole, el cuerpo en términos de una masculinidad

hegemónica debe resistir. Para efectos de esta investigación, se entenderá al aguante en relación con el consumo y abuso de sustancias, por lo cual el cuerpo masculino, hegemónicamente hablando, ha de soportar el uso y abuso del alcohol y la marihuana, siendo quienes pierden la conciencia con menores cantidades de estas, más lejanos al ideal del hombre “duro”, el cual aguanta grandes cantidades de éstas, configurándose la adicción como un signo de prestigio (Gil, 1998). Es así como se asocia al aguante como una aptitud que contribuye a la construcción de masculinidades populares, de manera que el consumo se ve claramente mediado por el contexto social, funcionando como una actividad que contribuye a la cohesión de un grupo de pares, sobre todo entre varones.

En base a lo anterior es que dentro de esta investigación el fenómeno del consumo de sustancias está guiado por un paradigma sociocultural, a diferencia de un modelo jurídico o uno de salud pública. Este paradigma aborda el consumo de drogas como una práctica situada en un contexto sociocultural específico, de esta forma, los significados, el cómo consumir, con quiénes, y cuál consumo se considera problemático, dependen en gran medida de la percepción cultural que se tenga de dicha sustancia (Bravo, 2017). De esta forma se aproxima al consumo en medio de una triada, compuesta por sustancia, individuo y contexto sociocultural (Escohotado, 2000).

Se hace uso de este paradigma en virtud de que un enfoque jurídico entiende cualquier sustancia que se encuentre fuera del marco legal como fuentes de graves daños de todo tipo, y que por tanto deben ser prohibidas. Así mismo el modelo sociosanitario aborda el tema de las drogas como un problema de salud pública, en tanto entiende la drogodependencia como una enfermedad, por lo cual relegan el consumo a un problema meramente individual del sujeto. Es en base a lo anterior que el paradigma sociocultural nos entrega mayores posibilidades investigativas, pudiendo enfocarnos de mejor manera en los sujetos, contexto y representaciones que engloban al consumo.

Familia

Al trabajar respecto a la construcción de masculinidades en varones jóvenes se vuelve necesario integrar en el análisis a la familia como agente de socialización, en tanto es al interior de esta que se cruzan dos fenómenos centrales en esta investigación. Por un lado, se puede nombrar la internalización de patrones de conducta asociados al sistema sexo/género y por el otro una relación jerarquizada en torno al adultocentrismo. Es así como la juventud, al igual que el

género, adquiere un carácter relacional, siendo una construcción inscrita en sociedades cuyo centro es el mundo adulto, de manera que entienden la identidad de los jóvenes como una postergación para el futuro, en tanto la madurez se logra alejándose de experiencias asociadas a una “relativa irresponsabilidad”.

De esta manera, la familia como una de los primeros agentes socializadores, construida en base a los cimientos de una sociedad binaria en lo sexual/genérico y adultocéntrica en las relaciones entre sus integrantes, ha de transmitir lo que la sociedad entiende como un buen hombre y una buena mujer (Carrillo & Revilla, 2006). Es dentro de la familia donde se encuentran una de las raíces de la división sexual del trabajo y el control de la sexualidad (León, 1995), por medio de una relación vertical de hombres hacia mujeres y de adultos/as hacia jóvenes.

Es así como la juventud se entiende como una categoría que incide en la construcción de identidades, tal cual, como las masculinidades por medio de la otredad, ya que, en un contexto de un sistema adultocéntrico el ser hombre adulto es la etapa del ciclo de vida que define a las otras, “ordenando de manera asimétrica y desigual las relaciones entre generaciones” (Duarte, 2016, p.18). Lo anterior se logra a través de la legitimación de dos principales interlocutores/as: los otros hombres y las mujeres (Valdés & Olavarría, 1998). De esta forma, la juventud es un proceso permanente y crítico, la cual se entrecruza con la categoría de masculinidades.

Al momento de hablar de familia, es imperante conceptualizar este término, en tanto a lo largo de la historia han existido distintos tipos de esta, atendiendo al contexto histórico-social. Es así como desde comienzos del siglo XX en Chile se fortalece la familia de tipo nuclear patriarcal. Este fortalecimiento se vio intensificado por la implementación de distintas políticas impulsadas por el Estado (Olavarría, 2000). Esta forma de familia surge dentro de las ciudades (distinguiéndose de otras como la de tipo extendida asociada al mundo rural), por lo que se puede relacionar en cierta medida con la migración campo-ciudad vivida dentro del siglo XX y los problemas sociales consecuentes.

Dentro de la familia nuclear patriarcal encontramos a un padre, una madre e hijos/as. En cuanto a la jerarquización de estos roles, podemos nombrar una autoridad encarnada por el padre/varón, el cual vela por el ordenamiento de este núcleo en torno a la diferenciación de roles hacia los/as integrantes de este grupo. El padre/varón ha de entenderse como proveedor, integrante de la esfera pública que excede a la familia y la madre/mujer como encargada de la economía

doméstica, además de encargarse de la labor de crianza (Olavarría, 2000). Estos dos roles resultan indispensables para el funcionamiento de esta forma de organización familiar.

La familia funciona como un reproductor de la vida social, la cual ayuda a internalizar pautas de comportamientos, símbolos, valores, para que así aprendan a vivir en sociedad, de esta forma la familia se construye como un canal de comunicación entre la sociedad e individuo (Montesinos, 1996). Por ello es necesario entender a la familia como un referente primario en las identidades de género, incluso antes de desarrollar la capacidad de hablar, ya se internalizan distintos símbolos que sirven para la construcción de una identidad, y claramente ésta ha de situarse dentro del espectro del género. De esta manera la familia sirve de ejemplo, en tanto los roles dentro de esta enseñan que es ser hombre y que es ser mujer (Montesinos, 1996). Es así como el sujeto adquiere y construye una identidad genérica, que, en consecuencia, del mismo funcionamiento del género, se construye en base a la otredad (Montesinos, 1996) en un espectro que se ordena de forma binaria.

Es por medio de esto que la identidad masculina se adquiere en un primer momento a través de la diferenciación de la madre y del mundo que encierra este rol, por lo cual los varones antes de saber qué es “ser masculino”, aprehenden lo que no es “ser masculino” (Carrillo & Revilla, 2006). El varón, nacido desde un cuerpo feminizado, está condenado a vivir en la reafirmación constante de su masculinidad a través de la diferencia, convenciéndose a sí mismo y a los/as otros/as de no ser mujer, ni bebé, ni homosexual (Badinter, 1993), es así que la masculinidad al estar siempre en sospecha, se vuelve necesaria de reafirmar (Carrillo & Revilla, 2006).

Parece pertinente al hablar de construcción de masculinidades en jóvenes el tratar el tema de la paternidad, al formar parte de la institución de la familia en una posición privilegiada, entendiéndola como uno de los núcleos del sistema sexo/género (Parrini, 2000). La paternidad, entendida como culminación de la masculinidad hegemónica, es una relación de poder, un garante de la filiación y de herencia social para el/la hijo/a, desde ahí que la figura del huacho conlleva un importante estigma (Parrini, 2000).

A pesar de este espacio central que ocupa el rol del patriarca para la configuración de masculinidades en jóvenes, esta figura se vuelve difusa, en tanto los niños y jóvenes no tienen una relación directa con los roles adultos masculinos, esto como consecuencia de la división sexual/genérica de las esferas de lo público y lo privado. En general se siente como una figura

más lejana, encausándose en una relación más distante y ocasional, sin una claridad de lo que hace el padre fuera del espacio doméstico (Olavarría, 2003).

Frente a esta distancia que se forma entre hijos varones y el padre, expresada en una distancia afectiva o en algún conflicto directo, por lo general se acude a alguna persona mayor, pariente o no, con la cual se entablan vínculos de confianza, viviendo una socialización del varón dentro del mundo adulto (Olavarría, 2003).

Es a medida del desarrollo del varón que la construcción de su propia identidad necesariamente se hace en relación con sus figuras paternas, primero por un creciente desinterés por estas y una búsqueda de más relaciones con personas del mismo género. Posteriormente se ve una intensificación de los conflictos con estas figuras, aparejado con un creciente sentimiento de invulnerabilidad y una mayor experimentación erótica-sexual (Cobos, 2008).

Es así que podemos ver que, con el desarrollo y crecimiento, los jóvenes varones experimentan una creciente transgresión del mundo de sus figuras paternas. Es así como el quebrantamiento de las normas se construye como una actividad eminentemente masculina, por lo cual se pueden ver las acciones anteriormente mencionadas en un mayor grado en varones, sobre todo en clases sociales más bajas, en donde la práctica de transgresión, la ilegalidad de sus prácticas y la violencia se transforman en valores positivos que reafirman la hombría.

De esta forma la familia funciona como un primer agente socializador del género. Es así como se reafirman los roles de hombres y mujeres en el varón, primero por oposición a la madre, por medio de una constante reafirmación de la masculinidad en clave negativa, con una distancia emocional de la figura del padre al ser relegado de la crianza. Y posteriormente la familia en su conjunto, ya no únicamente la madre, funciona como figura de alteridad, en tanto el varón busca construir una identidad propia, la cual en gran medida depende de la transgresión y de un rol activo en distintos espacios públicos, sobre todo en jóvenes populares, en donde la identidad masculina gira en torno a la dureza, al “aguante” (Zucal, 2005b).

Juventudes

Tal como la discusión en torno a las masculinidades resulta fundamental para aproximarse al fenómeno del consumo de alcohol y marihuana en varones, es necesario también dar ciertas luces en torno a los estudios que guardan relación con las juventudes.

El concepto de juventudes refiere a una clasificación, a la delimitación de un grupo social en base a la edad. Toda clasificación, sea etaria, de género, de clase viene a dar ciertos límites, a establecer un orden. En este caso, la clasificación de las personas en grupos por su edad, o sea en generaciones, presentan importantes variaciones, siendo límites que en gran medida son arbitrarios (Bourdieu, 1990). De esta manera, la vejez ni la juventud son datos ahistóricos, sino que estos se construyen dentro de determinados discursos que los caracterizan. Es por medio de un dato biológico manipulable y manipulado socialmente, que nos encontramos frente a una clasificación social, la cual se relaciona con relaciones de poder específicas (Bonder, 1999).

Dentro de las principales corrientes para abordar los fenómenos sociales asociados a personas jóvenes se encuentra aquella que ve a la juventud como una etapa del desarrollo psicobiológico humano. Esta corriente implica una visión de la adolescencia y los/as jóvenes como un momento de riesgo o peligro para el desarrollo y constitución de una personalidad sana (Alpízar & Bernal, 2003). Esta perspectiva tiende a universalizar el fenómeno de la adolescencia, en donde lo que la define serían los cambios físicos y psicológicos, acompañados por episodios de rebelión y diferenciación del núcleo familiar.

Otra corriente ampliamente difundida es aquella que entiende la juventud como un punto de inflexión para la integración social. Esta línea de pensamiento entiende la juventud como una etapa, en la cual las personas jóvenes han de aprehender distintos valores y habilidades para el desarrollo en el sistema productivo y social adulto (Alpízar & Bernal, 2003). Se conceptualiza la juventud como una etapa de transición, adquiriendo valor en tanto se construye como antesala de la adultez. Dentro de esta corriente se desarrolla el concepto de moratoria, entendida como un espacio de postergación de exigencias y responsabilidades entendidas como adultas (Cristi, et al. 2021). Sin embargo, Duarte (1999) critica el enfoque de la moratoria psicosocial, mostrando que los jóvenes chilenos de sectores populares no experimentan este período, más bien presentan una integración temprana al trabajo, lo que en definitiva significa que los jóvenes de clases populares no adscriben al mundo juvenil al grado que sí lo hacen los jóvenes de clases altas. Los jóvenes de sectores populares son padres con anterioridad, no necesariamente tienen estudios de

educación superior, entre otros fenómenos que no les permite pertenecer al mundo juvenil como sí lo hacen jóvenes más acomodados.

Es así como distintos autores conceptualizan a la juventud como un fenómeno moderno, el cual se relaciona estrechamente con estructuras de actividades específicas, dentro de las cuales los individuos deben ubicarse. De esta manera, la juventud se entiende como un tipo específico de status, el cual se adquiere en la medida que los individuos se adecúan a actividades socialmente definidas, dígase estudiar y otras actividades dentro del tiempo libre (Alpízar & Bernal, 2003). Esta línea de pensamiento presenta un carácter más bien estructuralista, en donde los actores han de ajustarse a dichas estructuras de actividad, contribuyendo a una construcción peyorativa de aquellos jóvenes que no se adaptan a estas actividades de integración social, sustentando tipologías discriminatorias que relacionan la clase social o cierto nivel de educación con un potencial de desadaptación social (Alpízar & Bernal, 2003).

Estas y otras corrientes que abordan el fenómeno de la juventud presentan distintas limitaciones y sesgos. Una de estos es su carácter homogeneizante, en tanto asumen que las personas jóvenes presentan características, necesidades, conductas y visiones en común (Alpízar & Bernal, 2003). Este sesgo, Duarte (2000) lo enuncia como la universalización por homogeneización, cayendo en una generalización en base a un dato sociodemográfico, sin detenerse en las diferencias que existen entre las personas jóvenes en tanto clase social, género, entre otros.

Otra deficiencia dentro de las corrientes mencionadas es que presentan un carácter estigmatizante, en tanto a través de estereotipos y prejuicios, grupos específicos de jóvenes son criminalizados por discursos institucionales, como medios de comunicación a través de la figura del joven-pobre-delincente (Alpízar & Bernal, 2003; Muñoz et. Al, 2014).

Por último, otro sesgo que se evidencia en las formas de aproximarse a las personas jóvenes que se expusieron es el carácter adultocéntrico de éstas. Lo anterior se ve expresado en que las personas que investigan los fenómenos asociados a las personas jóvenes suelen creer que saben lo que los/as jóvenes piensan, necesitan o sienten, sin un mayor involucramiento de estos/as jóvenes y sus opiniones (Alpízar & Bernal, 2003; Muñoz et. Al, 2014).

En base a lo anterior es que se vuelve necesario abordar los estudios centrados en personas jóvenes con una óptica histórica-crítica, dando cuenta de que la juventud no sería un dato biológico dado, sino que implica distintas condiciones socialmente construidas (Alpízar & Bernal, 2003.) Así mismo, es necesario dar cuenta del carácter heterogéneo que presenta este grupo social, en donde la diversidad y pluralidad de las personas jóvenes debe guiar la manera de proceder en el proceso investigativo. En virtud de lo anterior es que se vuelve más preciso hablar de juventudes, en contraste del concepto de juventud que tiene un carácter homogeneizante (Duarte, 2000).

Es así que el marco conceptual que ofrece mayores posibilidades, en virtud del carácter de esta investigación, es aquel que entiende la juventud como una construcción sociocultural. Esta corriente rompe la tradición de conceptualizar a las juventudes como algo universal, tratándola más como una categoría cultural (Alpízar & Bernal, 2003.)

Atendiendo al carácter heterogéneo que adquieren las distintas juventudes es que es preciso dar ciertos atisbos que permitan aproximarse de mejor manera a las juventudes populares en Chile. Esta categoría aparece en los estudios sociales a mediados de los años 80', en respuesta a los procesos de modernización económica y crisis política que vivía el país en ese entonces (Aguilera, 2009). Muchos autores veían dentro de este grupo social una disonancia importante entre un proceso de modernización que promueve ciertas expectativas, económicas principalmente, y la incapacidad e impotencia de grandes sectores de las juventudes chilenas por cumplirlas (Aguilera, 2009). Es por medio de distintos designios de orden capitalista que este sistema adultocéntrico entrega un claro mensaje a las personas jóvenes. Su tarea principal es prepararse para su ingreso al mundo adulto, conformándose así un discurso conservador y asimétrico, subordinando y sometiendo a aquellas personas que se les considera menores por su condición etárea, dependiente y no productiva en términos económicos (Duarte, 2009).

Es así como la inserción de las personas jóvenes a los modos de consumo, producción e información media las identidades y discursos que se construyen (Duarte, 2009). En este contexto neoliberal los/as jóvenes deben cumplir ciertas tareas para ser considerados/as exitosos/as, visibles y validados/as socialmente, las cuales guardan una relación estrecha con el sistema productivo imperante en Chile desde la dictadura.

Una de estas tareas es consumir con opulencia (Duarte, 2009), lo cual supone ciertos patrones que dictan ciertos tipos y cantidades de consumo, lo que Bauman (1999) nombra como deber tener para ser. En base a esto, el estar fuera de este circuito de consumo significa una pérdida de sentido, un no tener identidad (Duarte, 2000). Lo anterior no se encuentra exento de problemas, en tanto existe un acceso diferenciado al consumo dentro de una sociedad dividida en clases sociales. Es frente a este imperativo del consumo opulento que muchos jóvenes populares quedarían fuera de esta actividad que dota de identidad y sentido. Sin embargo, existen distintos mecanismos para lograr la integración de jóvenes populares en la fiesta del consumo, podemos nombrar desde el acceso al crédito, la deuda, hasta el robo como un legítimo esfuerzo emprendedor (Duarte, 2009; Moulian & Marín, 1998).

Otra de las tareas para la validación de jóvenes en el Chile neoliberal es el producir con eficiencia. Esto responde a que en las economías de mercado necesitan que las personas jóvenes sean formadas como productores potenciales, lo anterior queda demostrado en tanto la política pública en gran medida está guiada en función de que los/as jóvenes sean integrados/as de manera adecuada al mundo laboral (Duarte, 2009). Dicha integración ocurre dentro de un entorno de alta precarización laboral (Figueroa, 2003), en donde si bien la política pública ha buscado mejorar la empleabilidad de jóvenes, no ha considerado una continuidad en estos puestos de empleo, ni ha asegurado buenas condiciones laborales para jóvenes populares (Duarte, 2009). De esta forma, la eficiencia significa una venta del trabajo a bajo costo y con altas tasas de ganancia para el empleador, quien además de proveer un salario, permite la entrada de jóvenes en la fiesta del consumo y quien no acepte esta premisa se arriesga a la exclusión social (Duarte, 2009).

El último imperativo que define la integración de jóvenes como sujetos exitosos es el modernizarse tecnológicamente, en donde la vertiginosa ampliación de las tecnologías ha permeado distintos ámbitos de la vida social. Sin embargo, este acceso a la tecnología se ve mediado por la capacidad de consumo, lo cual tiende a limitar a jóvenes de sectores empobrecidos en este proceso de modernización (Duarte, 2009).

Es en base a los distintos mandatos expuestos que la integración de jóvenes populares en el contexto del Chile neoliberal se ve dificultada por distintas razones. Quedando excluidos de este éxito los grupos de jóvenes de sectores empobrecidos. “Mas bien lo que se ve generando, son un conjunto de consecuencias que imposibilitan su despliegue, su crecimiento y su vinculación a lo social en igualdad de condiciones”. (Duarte, p. 35, 2009).

Continuidades y quiebres en las formas de consumo

El uso de distintas sustancias para alterar el estado de conciencia en la humanidad data de cerca de sus inicios, siendo una práctica atávica, por lo cual no es posible restringir este fenómeno a ser propio de la modernidad (Bravo, 2017). Sin embargo, desde una perspectiva sociocultural de aproximarnos a este fenómeno es que el consumo toma una especificidad dentro de esta época.

Es a finales del siglo XIX y principios del siglo XX que se vive un fenómeno de masificación y expansión del consumo de drogas en las capas medias y populares de Occidente, en donde por medio de la ampliación del mercado mundial y un auge de las redes de transporte y comunicación, el uso de distintas sustancias deja de ser exclusivo de ciertas elites, pasando a tener un uso más general (Luna-Fabritius, 2015).

Junto con este proceso de confluencia de distintos cambios y grupos se vivencian dos fenómenos que se complementan entre sí, en un primer punto encontramos un creciente proceso de medicalización de la sociedad occidental que se erige en torno a un Modelo Médico Hegemónico. En segundo lugar, vemos la consolidación de un discurso político y moral en sectores protestantes de Estados Unidos y Europa (Del Olmo, 1989). Es importante este segundo fenómeno en tanto es el resultado de un proceso político importante impulsado por Estados Unidos, que tiene su primer precedente en 1909 en una Conferencia Internacional conocida como la “Comisión del Opio” que tuvo lugar en Shangai, la cual tenía como fin tratar el tema del tráfico de opio entre distintos países (Del Olmo, 1989), con un énfasis en el tráfico hacia y desde China.

Si bien dicha conferencia no logró la implementación de medidas legales para el control de opiáceos, logró generar un sentimiento de cierta alerta y aversión internacional. De esta manera se ha ido generando una preocupación por la regulación de la producción, tráfico y consumo de distintas sustancias, a través de la asociación de dichos elementos con delitos graves y grupos inmigrantes, como lo fue el opio con inmigrantes de China, la marihuana con inmigrantes provenientes de México y la población negra con la cocaína (Del Olmo, 1989). Es así como se vuelve funcional el criminalizar a estas comunidades en tanto remecen los cimientos de la hegemonía blanca, a través de medidas legales para aislarles y dominarles.

En América Latina, a pesar de no haber tenido un consumo con las mismas características que el estadounidense, la política criminalizadora y racista de las drogas también fue adoptada. En el caso de Chile el uso del opio, morfina y cocaína tenía un carácter restringido y estrechamente relacionado a figuras de la bohemia nacional, como artistas, jóvenes de la elite, y también figuras relacionadas al mundo popular como trabajadoras sexuales, delincuentes o colonias de comerciantes de China o trabajadores de Bolivia asentados en el norte de Chile (Fernández, 2011). Fue a través del contacto con estos círculos que el uso de opiáceos y cocaína se vio en mayor medida dentro de Chile a comienzos del siglo XX (Bravo, 2017). Es importante destacar la importancia de la formación de una cultura de masas en el siglo XX dentro del aumento de consumo de estas sustancias en Chile, la cual se vio aparejada con importantes transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales en torno a un modelo de capitalismo global (Bravo, 2017).

Por otro lado, el consumo de alcohol en Chile desde inicios del siglo XX, incluso antes, ya se veía asociado al mundo popular, instalándose debates políticos y científicos en torno al alcoholismo en estas clases, en una suerte de señalización del alcohol como el responsable de los males de la cuestión social. Es de esta forma que la asociación de hombre alcohólico-hombre delincuente se instala en la ciencia penal, reconociéndole al alcohol cualidades negativas inherentes, homologándola incluso con la locura (Fernández, 2000). Es así como el alcohol, a pesar de tener un carácter legal, al igual que el opio o la marihuana es construido como un motor del delito, un vicio que logra pervertir a personas cuya fuerza de voluntad es vista como menor, lo cual es merecedor de desprecio y de medidas legales que se traducen en protección penitenciaria. Tal como se vivió una estigmatización hacia grupos inmigrantes con distintas sustancias, ocurrió lo mismo con el alcohol hacia el mundo popular (Fernández, 2000).

Si bien ahora nos encontramos en contextos socioculturales distintos a los que se han expuesto en este apartado, no es menor la carga valórica y legal que se les asoció al alcohol y la marihuana, las cuales en distinta medida siguen acarreando niveles de racismo y clasismo en la opinión pública y medidas legales, formándose así un imaginario en torno a estas sustancias cargado de una connotación extralegal, de transgresión y masculinización. Es esta construcción en torno al consumo de estos elementos la que propicia que el consumo a edades tempranas se edifique como una forma de desafío a distintas autoridades, de despreocupación de la propia salud, una demostración de fortaleza y de capacidad de entrar en entornos delictivos o violentos. Es así que la aceptación del riesgo es una actitud que se fomenta en varones, como un pilar fundamental

dentro de su socialización, en contraposición de la idea de femineidad y la socialización en mujeres (Farapi, 2009).

A pesar de esto, en el contexto actual se ve una mayor presencia de mujeres en espacios masculinizados. En el mundo del consumo de drogas podemos rastrear el inicio de esto en los años setenta, dialogando con la masificación de pautas de ocio juvenil, la importancia que adquiere el fin de semana y el predominio de la noche sobre el día en el ocio de jóvenes, la formación de distintas culturas juveniles relacionadas con la diversión, una mayor presión en torno al consumo ligada a la formación de un mercado de lo juvenil y el rechazo de ciertas drogas y la aceptación de otras (Matus, 2005). Es así como la confluencia de estos distintos fenómenos forma parte del inicio de ciertas pautas de consumo que nos llevan a la actualidad.

En cuanto a las diferencias del consumo en cuanto al género, en un principio podemos ver que a mediados del siglo pasado existe un bajo consumo femenino de drogas ilegales, lo cual pertenecía en gran medida al mundo masculino. Un claro ejemplo de esto es el hecho de que las mujeres superen el consumo masculino en psicofármacos, siendo drogas legales, además del sesgo de género en el sistema sanitario y la subordinación general de las mujeres (Romo-Avilés, 2011).

Con el paso del tiempo se ha podido ver una disminución de las diferencias de consumo entre varones y mujeres jóvenes en drogas ilegales, como también un aumento progresivo en drogas legales como alcohol y tabaco (Romo-Avilés, 2011). De esta forma, podemos evidenciar una mayor presencia de mujeres en el espacio del consumo, lo cual no necesariamente significa que hayan ocurrido cambios sustanciales en las dinámicas que se viven dentro de este espacio, por lo cual las nuevas integrantes de este han mostrado una adaptación a las formas de relacionarse y valores existentes, es decir las pautas masculinas (Farapi, 2009). Es importante hacer hincapié en que la integración de mujeres en espacios masculinizados, siguiendo la lógica propia del sistema sexo/género, conlleva una especialización y diferenciación, en tanto lo que anteriormente en conjunto se entendía como masculino, ahora debe subdividirse en las prácticas que pueden ser asociadas a lo femenino y aquellas prácticas que se mantienen en el polo de lo masculino (Farapi, 2009).

A la vez, esta mayor cantidad de mujeres dentro del espacio del consumo responde a que en las personas jóvenes de Chile en posdictadura, el “carrete” toma un lugar fundamental en su socialización, mostrando una alta valoración por parte del mundo juvenil, siendo un espacio que dota de sentido e identidad (Matus, 2005).

Es así como se puede diferenciar distintos tipos de carrete, como es el carrete barrial, que refiere a la forma de uso del espacio por parte de jóvenes de sectores populares, en donde la diversión toma lugar en plazas, esquinas o casas dentro del barrio o población de residencia, conviviendo vecinos/as y amigos/as (Matus, 2005). Otro tipo de carrete es el que agrupa de una forma más amplia la identidad barrial, en donde sus participantes no son todos/as necesariamente conocidos/as, pero sí comparten el mismo circuito por ser parte de mismos liceos o universidades (Matus, 2005). Por último, encontramos el carrete que refiere a circuitos a nivel ciudad, en donde se encuentran jóvenes de distintas comunas y sectores, no existiendo una vinculación barrial o residencial con el espacio, sino que se acude a este por una alta oferta de diversión juvenil, como lo puede ser el barrio bellavista en Santiago (Matus, 2005). Este último tipo se vuelve bastante importante a nivel ciudad, en tanto el enfoque de seguridad ciudadana ha llevado a una carga negativa del carrete juvenil, en donde convergen personas de realidades y espacios diversos (Matus, 2005).

Otra característica que toma el consumo, esta vez a un nivel latinoamericano, es el policonsumo como nuevo patrón, derribando así la idea del consumidor de una única droga (Bravo, 2017). Es así que existe una alta combinación de distintas sustancias. También dentro de las características que muestra el consumo en la actualidad se muestra una cronología del ocio en donde ya no existe una situación única de diversión, sino distintos momentos que componen la diversión juvenil, los cuales a la vez devienen en distintas prácticas y espacios asociados a estos momentos, como la previa o el after.

Un primer momento previo al consumo refiere a la adquisición de las sustancias, en donde la principal forma de conseguir estas en un contexto urbano son los circuitos tanto lícitos como ilícitos, lo cual incide directamente en la facilidad de adquisición, pero en general esto se logra a través de la compra y venta. Esta adquisición se rige por dos principios. El primero es el de proximidad o cercanía de la compra, entendiendo el tiempo como un bien que se debe aprovechar. Y el segundo principio de portabilidad, entendido como una forma de preferir soportes físicos de tamaño reducido, que facilite el consumo y que pueda ser escondido con

facilidad en caso de la aparición de fuerzas del orden o para un traslado cómodo (Bravo, 2017).

Otros factores que ocupan un rol importante al momento de la adquisición, y que puede ser extrapolable tanto al alcohol como la marihuana, es el precio, la calidad, las expectativas en torno al consumo y el estilo de cultura juvenil al cual se adscribe. No se puede obviar la importancia de la clase social en torno a la interacción de estos factores al momento de tomar una decisión en la adquisición, la cual que suele ser de carácter colectiva y que se ve mediada también por el aspecto generacional (Bravo, 2017).

Un segundo momento es la distribución de las sustancias, la cual se ve mediada por el sistema masculinizado del consumo, esto hace que por lo general quien adquiere, media y provee de las sustancias suele ser un varón, ya sea quien la vende, quien realiza el contacto y quién lleva a cabo la compra, reforzando la cadena masculina de dichas sustancias (Bravo, 2017).

Es importante en este punto hacer una distinción en el caso de la marihuana, en donde al ser de carácter ilegal no se puede adquirir en un comercio establecido, por lo cual se hace necesario acudir a un vendedor o dealer. Es en esta figura del dealer donde se vuelve interesante hacer cierto análisis, ya que por lo general es alguien que en un primer momento fue solamente un consumidor, y que se dispone a la venta de sustancias por distintas razones, dentro de las cuales encontramos el pagar y disponer por medio de la venta su propio consumo y el de sus amistades, tener acceso directo a dinero sin riesgos aparentes y la capacidad de pertenecer a un grupo identitario (Arroyo, Garcell, Romero Mendoza & Gorn, 2012).

Ya estando dentro del consumo mismo, este puede subdividirse en distintos momentos cronológicos, siendo el primero el que Bravo (2017) nombra como *prenderse*, que refiere a la etapa de apertura al consumo, funcionando de transición de una jornada de trabajo o estudio hacia un momento de diversión. Este suele ser acompañado por el consumo de alcohol y marihuana, marcando una frontera de delimitación temporal, en donde se marca el inicio de un momento de ocio y diversión. Dentro de este momento se puede hablar de ciertos roles que se cumplen como el de quién sirve, enrola, abre la botella o dispone la sustancia en su modo de consumo. Este rol supone cierto estatus, además es necesario que quien lo cumpla lo haga de buena manera, que no derrame alcohol, no bote marihuana, ya que esto puede exponerles a burlas, o incluso a perder este rol, siendo reemplazado por quien presente mayor experiencia o destreza (Bravo, 2017).

Posterior a la fase de prenderse vemos *la repetición*, que suele verse caracterizada por el consumo de bebidas alcohólicas con más grados de alcohol, aunque también se puede seguir tomando bebidas con bajos niveles de alcohol. Ocurren otras rondas de consumo de marihuana y también se puede acompañar con rondas de juegos en donde quién pierde debe consumir alcohol (Bravo, 2017). Algunas veces estas etapas anteriormente descritas pueden funcionar como previa, lo que refiere a una instancia que funciona como precedente a una fiesta con más personas y con mayor intensidad de consumo.

Un tercer momento es el de *expansión social*, en donde las interacciones se ven con mayor frecuencia e intensidad, ya no se responde a una moral estricta, se ven los efectos de la desinhibición, continúa el consumo de alcohol y marihuana. En el caso del alcohol se puede complementar con el consumo de destilados solos (Bravo, 2017).

El cuarto momento se le llama *intensificación*, en donde dependiendo del tipo de policonsumo se puede integrar a la mezcla cocaína u otras sustancias. Se puede entender como el punto cúlmine del encuentro, algunas veces se puede ver esto a través del baile o simplemente puede seguir mediante la conversación de sus participantes (Bravo, 2017).

Por último, se habla de *la fase de cierre*, en donde los efectos de las sustancias consumidas al último se ven disminuidos, se puede dejar de consumir o bajar el grado de alcohol de la bebida. En otras instancias también se consume agua para buscar paliar los efectos del alcohol en el organismo y una posterior resaca (Bravo, 2017). Este cierre algunas veces culmina con dormir en el lugar del encuentro o la vuelta al hogar de cada uno/a de sus participantes.

5. Planteamiento del problema

Dentro de las principales motivaciones para trabajar sobre el consumo de alcohol y marihuana en jóvenes, está la propia vivencia, en tanto como varón las relaciones de amistad con otros hombres en gran medida han dependido del consumo de éstas. Se usan estas sustancias como un tipo de reemplazo a la intimidad, la relación ha de mantenerse en tanto haya sustancias que lo sustenten.

Es en base a esto que se identificó como una problemática que concierne a las juventudes, y en específico a varones jóvenes, abordándolo desde la emocionalidad, construcción y percepción de sí mismo y de los otros, integrando variables que no han sido tomadas en cuenta, o han sido relegadas, al momento de planificar intervenciones que atañen a esta problemática.

Es en base a esto que se vuelve relevante el estudio del consumo de drogas y alcohol en jóvenes, pero no viéndolo desde el consumo problemático de estas sustancias, sino desde el carácter socializador de masculinidades que se apareja al consumo de estas sustancias. De esta manera, el unificar ambos fenómenos dota de una dimensión poco explorada dentro de la investigación sociológica y aún menos dentro de la implementación de políticas públicas centradas en la prevención o disminución del consumo en jóvenes.

En base a la teoría revisada y las distintas implicancias de este fenómeno es que se planteó la siguiente pregunta de investigación:

¿De qué manera el consumo de alcohol y marihuana se relaciona con la construcción de masculinidades en varones jóvenes de Puente Alto?

El objetivo general que se desprende de lo anterior es:

Caracterizar las formas en que la construcción de masculinidades se relaciona con el consumo de alcohol y marihuana en varones jóvenes de Puente Alto.

Los objetivos específicos con que se trabajan son:

1. Analizar vínculo entre el contexto en el que se ven envueltos los jóvenes varones y la construcción de masculinidades.
2. Examinar la relación entre familia, la construcción de masculinidades y el consumo de alcohol y marihuana en varones jóvenes.
3. Analizar el consumo de alcohol y marihuana como parte de la socialización de género en varones jóvenes.

La hipótesis con la que se trabajó es que el consumo de alcohol y marihuana se relaciona de manera contextual con la construcción de masculinidades, en tanto el valor que se les asocia a estas sustancias responde al espacio dónde se consume. De esta manera, el valor que se asocia a distintas sustancias en gran medida se relaciona con el contexto de consumo, de manera que un contexto popular el consumo adquiere un carácter viril, otorgando cohesión a los grupos de varones jóvenes, concediendo status entre jóvenes de sectores populares, por medio de un cuestionamiento a las reglas que rigen el mundo adulto y legal.

6. Marco metodológico

Esta investigación es de tipo cualitativa, ya que busca comprender la construcción de masculinidades en jóvenes varones respecto al consumo de alcohol y marihuana, a partir de los significados que asocian a este consumo con lo masculino. De esta manera se tomó como supuestos: la existencia de múltiples realidades de los sujetos, una relación dialógica entre investigador y los jóvenes con los que se trabajará y un uso de conocimiento táctico, basado en intuiciones y sentimientos (Munarriz, 1992). De esta manera, la información que se busca construir refiere a valoraciones, creencias, y esquemas de interpretación de los sujetos (Gaínza, 2006). Sumado a lo anterior, para incluir el enfoque de género, específicamente el de masculinidades, se torna imprescindible el entender, conversar, y observar cualitativamente, para de esta manera dar cuenta de las relaciones que se generan en torno a distintas características de los sujetos de estudio (Krause, 1995).

Dentro de este universo cualitativo esta investigación se posicionó dentro del paradigma constructivista, a través de una ontología relativista, en tanto se entiende a la realidad como la coexistencia de construcciones múltiples, las cuales son situadas en un entorno social, local y específico (Krause, 1995). Se reconoce una epistemología subjetivista, en donde la interacción intersubjetiva entre los participantes de la investigación da la posibilidad de producir en conjunto los resultados de investigación (Krause, 1995). En términos metodológicos, esta investigación siguió una línea hermenéutica-dialéctica, en donde la identificación de distintas realidades y construcciones se hace en busca de una síntesis, de manera que se apunta hacia una comprensión y confrontación entre elementos diferentes, a fin de llegar a una idea general o algún tipo de consenso (Krause, 1995).

En términos más técnicos, la unidad de análisis con la que se trabajó fue la construcción de masculinidades en torno al consumo de alcohol y marihuana, mientras que la unidad de observación fueron los jóvenes varones que residen en la comuna de Puente Alto. El criterio de selección de la muestra nació a partir de las relaciones intergeneracionales y su interacción de otros fenómenos como las masculinidades, consumo y clase social, además de los resultados del Informe sobre el consumo de drogas en las Américas (2019) y del Décimo tercer Estudio Nacional de Drogas en Población General de Chile (2018) que arrojó dentro de sus resultados una mayor prevalencia del consumo de alcohol y marihuana en Chile de jóvenes entre 19 y 25 años, concentrándose en los sujetos jóvenes varones, es por esto que se toma estas edades en la muestra. Por último, se trabajó con jóvenes varones en Puente Alto, esto en vista de que es la comuna con mayor población de Chile, ubicándose en un estrato socioeconómico medio-bajo (Azócar, Bruna, Gutiérrez & Velasco, 2015), lo cual dota de significados específicos en torno al consumo y la construcción de masculinidades, mediados por la variable clase social.

Se utilizó un muestreo de tipo no probabilístico, por conveniencia, debido a que los sujetos de los cuales se buscó producir información fueron seleccionados a partir de la conceptualización y territorialización de la investigación, de esta manera se produjo información en conjunto con jóvenes, para indagar en su construcción de masculinidades en torno al consumo de alcohol y marihuana. Así la muestra se construyó de manera deductiva a partir del marco teórico hasta dar con los sujetos que cumplan dichas características. Para llegar a la conformación de un grupo de entrevistados o informantes se optó por la técnica conocida como “bola de nieve”, en donde con el primer acercamiento a un informante se busca que presente a otros que cumplan con los criterios del muestreo teórico que se propuso, llegando a un total de 10 entrevistados, de entre 19 y 25 años, todos pertenecientes a la comuna de Puente Alto, abarcándose el sector que comprende entre la calle Los Toros y Avenida Eyzaguirre, tanto hacia el oriente como el poniente respecto a Avenida Vicuña Mackenna, en donde la mayoría de ellos se encuentra estudiando en educación superior, a excepción de 3 de los entrevistados.

En vista de lo anterior, se trabajó con una principal técnica de producción de información, la entrevista en profundidad en formato virtual, dirigida hacia la comprensión de perspectivas respecto a las vivencias asociadas a la construcción de masculinidades y el consumo en los jóvenes (Taylor & Bogdan, 2008). Se optó por este tipo de entrevista por su carácter conversacional (Ozonas & Pérez, 2004), por lo cual no existiría un quiebre con el ambiente coloquial que comúnmente se asocia al consumo de alcohol y marihuana. Esto facilitó la

comunicación entre los sujetos, construyéndose una relación en la construcción de conocimiento de tipo dialógica, concentrada y de intensidad variable (Gaínza, 2006).

Este tipo de técnica se volvió pertinente en tanto los escenarios y personas fueron de difícil acceso, además de que la investigación se compone por distintos momentos y escenarios, de manera que a través de una conversación que se mostró sujeta a ciertas variaciones particulares se pudo esclarecer una experiencia humana subjetiva en distintos niveles (Taylor & Bogdan, 2008), como la información verbal oral y también información de tipo gestual y corporal (Gaínza, 2006). Otra razón por la cual se optó por esta técnica es que facilita un conocimiento acabado de confianza, creándose una atmósfera de libre expresión, logrando una narración concisa, tanto de acontecimientos pasados como presentes (Taylor & Bogdan, 2008).

Se hizo uso de las videollamadas para las entrevistas en virtud del contexto de pandemia en el que nos encontramos, de manera que se veló por la salud de los jóvenes y no exponerlos a espacios de contagio.

Para el análisis de la información producida, se hizo uso de la técnica de análisis de contenido, entendida como el conjunto de instrumentos metodológicos aplicado a textos diversos para la lectura de contenidos manifiestos y también los sentidos latentes de estos, los cuales subyacen a los actos comunicativos (Bardín, 1986; Abela, 2002; Gutiérrez & Delgado, 1997). Cabe destacar que dentro del análisis de contenido se adoptó un sentido amplio de los textos y lenguajes, en donde todo sistema de formas de expresión humana es susceptible de ser analizado, lenguaje verbal, gestos, entre otros (Gutiérrez & Delgado, 1997).

Es así como se torna fundamental dentro del análisis de contenido la inferencia, en tanto a través del análisis de la información producida se buscó exponer los componentes básicos de algún fenómeno social (López, 2002). Esto se hizo por medio de la formación de relaciones entre distintos niveles del lenguaje, en específico de la relación entre un primer nivel sintáctico, referido al plano de la fonología, morfología y la sintaxis, mientras que los otros niveles, el semántico y pragmático, dan cuenta del sentido de los textos propio de los sujetos y a la orientación de sus acciones en relación con otras subjetividades y este lenguaje común construido (Gutiérrez & Delgado, 1997).

De esta manera, por medio del análisis de contenido se buscó una aproximación a las subjetividades de los sujetos, pero también a las características que estos sujetos atribuyen a otros en determinados contextos (Gutiérrez & Delgado, 1997). En este caso, se buscó por medio de la entrevista en profundidad y su posterior análisis, el entender de qué manera la construcción de masculinidades, como fenómeno intersubjetivo y estructural, se relaciona con el consumo de alcohol y marihuana. Lo anterior se logró por medio de un ejercicio analítico que relacione el nivel sintáctico del texto con sus niveles semántico y pragmático, para así lograr un ejercicio interpretativo acorde a la teoría con la que se trabaje, pero siempre en una relación dialéctica.

Dentro de las razones para optar por esta técnica de análisis de información se encuentra la relación que se busca dar entre los distintos factores que inciden en la construcción de masculinidades. Estas son las prácticas y discursos hegemónicos, siendo el análisis de contenido una técnica que trata la práctica de la lengua buscando la comprensión de los sujetos y el ambiente en una mirada situada, con contexto, mientras que algún tipo de análisis de discurso se centraría con mayor intensidad en las reglas del funcionamiento de la lengua misma (Abela, 2002).

Respecto a los criterios éticos que guiaron la participación de los jóvenes dentro de esta investigación se encuentra el transparentar el propósito del estudio, esclarecer en qué constaba su participación y un compromiso con los participantes, salvaguardando siempre la confidencialidad de lo conversado y el acceso restringido a la información producida. Todo lo anterior fue plasmado por medio de un consentimiento informado, en donde se dejó registro de la voluntad de los jóvenes de querer aportar en la construcción de conocimiento en conjunto.

7. Análisis y resultados.

Masculinidades: Entre el hogar y la calle

Con fines analíticos el fenómeno de construcción de masculinidades es abordado a través de dos espacios de socialización, el hogar y la calle. Esto en base a las diferencias que se evidencian en las prácticas, discursos y relaciones sociales en estos espacios. Es así como ambos operan con lógicas distintas en torno al género por distintas razones, como lo es la división de los espacios en el binomio público/privado y hombre/mujer, en donde los roles de género asocian el espacio público como eminentemente masculino, mientras que el espacio del hogar sería asociado al polo

femenino. De esta forma, se vuelve necesario separar analíticamente estos espacios para entender en mayor profundidad el fenómeno de la construcción de masculinidades en jóvenes, haciendo caso de las particularidades de cada uno de los escenarios, para identificar similitudes y diferencias, con el fin de analizarlas y reflexionar en torno a ellas.

Masculinidades dentro del hogar

La construcción de masculinidades en jóvenes es un fenómeno que guarda estrecha relación con las figuras parentales al interior de la familia, desarrollando un rol fundamental dentro de esta. Al ver a la familia como agente de socialización, asumen un rol de encuentro entre jóvenes y las distintas normas sociales que articulan lo que son las masculinidades.

Es importante primero que todo explicitar que dentro de los jóvenes entrevistados se presentan casos de estructuras familiares no tradicionales, como lo son los hogares uniparentales o aquellos en donde no se encuentra presente ni la madre ni el padre. Esto responde en gran medida a la desinstitucionalización de la familia sancionada por el matrimonio, el aumento de los divorcios y un menor contacto con los hijos por parte de los padres postdivorcio, una mayor presión y movilidad laboral, entre otros factores que generan un sentimiento general de ausencia del padre (Holter & Olsvik, 2000; Valdés & Godoy, 2008, p. 82).

“No viví mucho como el rol de padre yo en la casa, es que igual hay otro trasfondo po, que es como más que yo igual de chico me fui de mi familia ¿Cachai? Y mis papás son mis tíos po, entonces igual como que nunca hubo como una figura de autoridad tan brígida por así decirlo, en cuanto a mamá o papá.”

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

“Mi papá estaba privado de libertad, entonces mi mamá (...) igual en ese momento ella se sentía super vulnerable también porque estaba manteniendo la casa, criándome a mí en plena adolescencia”

Diego, 24 años, sector El peñón.

Es necesario dar cuenta de qué manera la organización de la familia dialoga directamente con el entorno y la clase social a la que pertenecen los jóvenes y su círculo familiar. Si bien los factores del ambiente en el que se desenvuelven las familias de clases populares no tienen el mismo efecto

en cada grupo, sí se vuelve un prisma necesario para examinar las relaciones dentro de la familia, estableciendo diferentes hábitos relacionados con las responsabilidades parentales (Gutmann & Aviñoá, 1998).

A pesar de que haya casos donde no hubiera una presencia directa de alguna de las figuras parentales, los jóvenes dicen haber encontrado otros referentes que aportaron en su construcción de masculinidades, como otros hombres pertenecientes a su círculo familiar y con el paso del tiempo también referentes externos al círculo familiar.

“No tenía como a un referente masculino dentro de la casa, entonces no fue tanto de imitar a alguien que demostrara su masculinidad en la casa ni nada (...) Yo creo que fui construyendo mi masculinidad como hablando, de repente tengo figuras como mi tío, por ejemplo, que no es de la casa, pero es como el hombre del cual se habla en la casa, como la referencia familiar.”

Mateo, 23 años, sector Independencia.

A través de las conversaciones con jóvenes se evidencia también un trato diferenciado por parte de ambas figuras paternas por el ser varón, destacándose en un primer momento una menor carga en torno a las tareas domésticas como el hacer aseo, cocinar, entre otras. Lo anterior dialoga directamente con la división sexual del trabajo en las figuras paternas. Es lo que Duque (2010) nombra como la idea de mal padre, el cual adquiere un carácter nómada, en tanto se puede ejercer niveles diferenciados de libertad en comparación con las mujeres, expresado a través de un menor compromiso con las labores domésticas.

“En general yo siento que donde se nota un poco más la diferencia, yo siempre he tenido más libertad para hacer cosas, para salir, para viajar”

Eduardo, 24 años, sector San Carlos.

Esto también ha significado un menor desarrollo de las competencias necesarias para llevar a cabo estas labores por parte de los jóvenes varones, como también una mayor cantidad de tiempo libre en comparación con las mujeres.

“Había tareas que en verdad no me obligaban a hacer, en especial tiene que ver con el rol que normalmente tiene la mujer como que algunas tareas, o sea nunca me enseñaron a cocinar cuando chico, ni a limpiar ni a ser ordenado, como que tenía más libertad, y de hecho comparándolo con

mi hermana chica igual como que se nota que a ella desde más chica le inculcaron aprender a cocinar”

Mateo, 23 años, sector Independencia.

En contraposición a esa falta de responsabilidad en torno a labores domésticas, los jóvenes nombran que en general se les hace responsables de otras tareas al interior del hogar. Dichas tareas están asociadas al uso de la fuerza o solución de problemas relacionados a rubros masculinizados, tales como la construcción, gasfitería, entre otras. Esto guarda relación con el discurso que defiende que los varones nacen con cualidades y capacidades para ejercer poder, tanto dentro del espacio doméstico como público (Hardy & Jimenez, 2001).

“Yo creo que un poco de lo típico, como que, por ejemplo, yo vivía con mi hermana hasta hace unos 4 años y siempre yo era como el que tenía que hacer las tareas de fuerza, de trabajo, como cosas que están estereotipadamente para los hombres po”

Diego, 24 años, sector El Peñón.

Así, se nombra cómo ocurre un ordenamiento de la familia nuclear patriarcal en base a roles de género de sus integrantes, bajo la división binaria del espacio público y privado, en donde el primero se construye como un entorno asociado a la hombría (Fuller, 1997), mientras que el espacio del hogar y la realización de actividades domésticas y de cuidado son asociadas de manera innata a las mujeres (Hardy & Jiménez, 2001).

Respecto a las características dentro del ideario de masculinidades por parte de generaciones anteriores, se explicitan dos características principales. La primera es el rol de proveedor económico del hogar, lo cual se condice con la idea del buen padre (Duque, 2010), que se basa en la capacidad de los varones de proveer económicamente a la familia, adquiriendo un carácter central en el ideario de la masculinidad hegemónica, en donde el trabajo dignifica al hombre y lo define, tomando un rol productivo, mientras que las mujeres adquieren un rol reproductivo (Burin, 2007).

“Se me viene a la mente la visión super retrógrada, pero claramente ya no percibo esa idea, o sea entiendo que el hombre de la casa viene como a partir de la persona que suministra, no sé, económicamente y... En general todo lo que necesita pa subsistir una casa”

Agustín, 26 años, sector Independencia.

La segunda característica que nombran los jóvenes como fundamental en las masculinidades de sus figuras paternas es el uso de la violencia para la resolución de conflictos, el ser fuerte tanto física como emocionalmente (Olavarría, 2000). Se nombra un patrón de reprimir sus emociones, lo cual se vuelve una condición para el saber pelear y defenderse, construyéndose la violencia como una fuerza que constituye al orden (Lozano, 2015). De esta manera, a través del imaginario de la paternidad se ven dos expresiones polarizadas de lo que es ser hombre, las cuales, a través del ejemplo del padre, reproducen patrones en los jóvenes.

“La violencia, como que un hombre tiene que ser fuerte, no tiene que llorar, que tiene que saber pelear y cualquier cosa tiene que pegarle a alguien. ¿Cachai?”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

Cabe destacar en este punto la importancia de la clase social al momento de cumplir con ciertos estándares de lo que sería un buen hombre, en tanto el tener un trabajo estable, bien remunerado depende en gran medida del nivel de especialización, capital social y educación de la persona. Es así como distintas “características históricas del ser hombre surgen con una fuerte connotación clasista, donde los grupos de poder imponían una jerarquía cultural que incluía las formas más valoradas de ser hombre y de llevar una familia.” (Duque, 2010, p.62) En base a esto es que las masculinidades en sectores populares construyen otros símbolos de prestigio, como el valor, la fuerza física y la competitividad (Durán, 2013).

Frente a estas características que sus padres asocian a lo masculino, los jóvenes nombran un cuestionamiento a estas y las actividades que son asociadas a ese polo masculino, mencionando un mayor involucramiento por su parte en las tareas domésticas que han sido feminizadas a lo largo de los años. En palabras de Valdés y Godoy (2008), nos encontramos frente a un fenómeno que recuerda la retórica del nuevo padre, que refiere al distanciarse respecto a los roles de género de generaciones previas por parte de jóvenes, integrándose formas de resistencia para lograr establecer una mayor equiparación de las labores domésticas y de crianza. Esto podría extrapolarse para el caso de los jóvenes entrevistados, sí presentan un distanciamiento, al menos en sus discursos, respecto a la división en base a género del trabajo doméstico. Aquí se vuelve necesario hacer la salvedad de que, si bien puede haber un cambio en las representaciones de las masculinidades, algunos autores plantean que las prácticas sociales no necesariamente presentan cambios al mismo ritmo (Olavarría, 2005). Así se puede hablar de que se encuentran y tensionan

formas de organizar la institución de la familia, entre formas que promueven la reproducción de roles en torno a una rígida división sexual y otras que promueven formas más democráticas de organizar el espacio del hogar, como también situaciones de transición en torno a los roles de género al interior de la familia (Quintero, 2013).

Esto ha significado un cambio y también un desafío hacia los hombres en torno a la histórica distribución desigual del trabajo doméstico al interior de sus hogares, teniendo que reconfigurar la forma en que se organizan las tareas al interior de sus familias, como también empezar a desarrollar las aptitudes necesarias para desempeñar estas labores, lo que Duque (2010) nombra como domesticación masculina:

“Antes de eso mi mamá hacía todo (...) Después de eso recapitulamos todo y se hicieron como horarios acá en la casa ¿Cachái? donde cada uno hacía cosas, lavar la loza o colgar la ropa.”

Santiago, 26 años, sector Diego Portales.

En tanto a las características que los padres y madres asocian a las masculinidades, éstas también se ven puestas en tensión por parte de los jóvenes. Estos expresan que para ellos no existe un determinismo en torno a qué actitudes debe tener un hombre o una mujer. Por lo cual se busca reemplazar el uso de la violencia, el ser fuerte o la no expresión de sus emociones por una mayor comunicación y la aceptación de ellas. Esto a su vez supone un reto, en tanto el haber sido socializados en torno a estas características significa que en gran medida han sido incorporadas en sus personalidades a través de la socialización dentro de la institución de la familia (Carrillo & Revilla, 2006).

“Mi papá un tiempo fue como muy agresivo, (...) de repente pegarle a la mesa o subir mucho la voz. Cosas como esa. Y eso a mí nunca me gustó tampoco. También porque yo he adoptado algunas de esas actitudes. No sé si es porque crecí con ello o qué, pero yo también. Y bueno, ya lo cambié, me gustaría decir, pero siento que siempre estoy cambiándolo.”

Martín, 19 años, sector San Carlos.

Es así como se ve un cuestionamiento importante a los roles de género bajo los que han sido socializados al interior de su hogar. Nos encontramos frente a una tensión respecto a las percepciones de las masculinidades bajo las que sus padres han sido socializados y construido con el tiempo. De esta manera, se ha visto un cierto desencuentro entre generaciones, en donde

las opiniones en distintas ocasiones son contrapuestas y no necesariamente encuentran un consenso entre ambas partes.

Al momento de hablar respecto a la relación que construyen con las figuras paternas en general se hace una distinción entre padres y madres. Lo anterior responde a una lógica sexista, en donde el padre y la madre son constituidos por características específicas que responden al binarismo hombre/mujer, además de ser referentes fundamentales al momento de la construcción de la identidad en jóvenes (Cobos, 2008)

En el caso de la relación que guardan los jóvenes con sus madres se nombra una comunicación más profunda, una mayor expresión de sus emociones y una importante disposición por parte de éstas a escucharlas, catalogando esta relación como más cercana en comparación con sus padres. Esto se condice con la asignación de roles de género, en donde las mujeres son asociadas a mayores competencias de diálogo en torno a las emociones de los hijos dentro del hogar (Núñez et al, 2008), mientras que los hombres carecen de las herramientas necesarias para lidiar con sus propias emociones y las del resto. Todo esto como consecuencia del ideario en torno a la masculinidad hegemónica y la socialización de los varones en torno a éste, expresándose en una desigualdad en la educación emocional (Núñez et al, 2008).

Por el otro lado, la relación de los jóvenes con sus padres se ve marcada en muchos casos por una menor comunicación, tanto en profundidad como en la frecuencia del diálogo, caracterizándose como una comunicación más funcional, esto ya que se construye como una figura lejana que excede lo doméstico, volviéndose una figura difusa como consecuencia de una relación distante con los roles adultos masculinos (Olavarría, 2003).

“Mi papá no se sabe comunicar, y yo creo que va de la mano con (...) que es un hombre, el hombre de la casa, esa wea de... No sabe comunicarse y se nota hasta en cosas super chicas.”

Tomás, 21 años, sector El Peñón.

También destaca dentro de la relación con los padres (varones) la violencia, tanto física como psicológica, siendo con quienes presentan mayores conflictos. Al identificarse dentro del género dominante en un sistema patriarcal, son los varones quienes en general sostienen y usan los medios de violencia (Connel, 1997). Lo anterior también guarda estrecha relación con la dificultad para una comunicación fluida y profunda entre varones, en donde la violencia, tanto

directa como coercitiva, surge como un recurso para solventar conflictos sin la mediación de la conversación ni el consenso.

“Con mi papá siempre he tenido más conflicto, porque él es el que ha ejercido la violencia como en general, desde que yo soy muy chico y mi mamá siempre ha sido como más cercana, pero aun así muchas veces como que también me ha dejado de lado”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

Esta misma carencia del diálogo permite que existan distintas temáticas que no se tocan, tanto para evitar el conflicto como por falta de instancias propicias para estas. De esta forma los testimonios de los jóvenes expresan una negativa a tocar temas como las emociones que sienten o las vivencias y dudas en torno a la sexualidad.

En cuanto a los aspectos que los jóvenes valoran positivamente de su relación con su familia destacan el apoyo frente a las dificultades que vive cada uno de sus integrantes, la resiliencia frente a la adversidad, el compartir recursos incluso en los escenarios más desfavorecidos, lo cual supone un importante espacio de contención y amparo en la vida de los jóvenes varones, sobre todo en un contexto popular, en donde las dificultades económicas se hacen presentes.

“Puede que estemos en momentos difíciles donde no nos llevemos bien o alguien esté peleado con alguien, pero o no sé po, o falte pa comer. Pero aun así siempre están juntos, como que no necesariamente estamos riéndonos, pero siempre juntos”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

“Mi viejo a pesar de como la generación media penca de la que viene, me inculcó valores que a mí me han servido toda la vida. Por ejemplo, siempre me enseñó, es curioso, es brígido porque es muy... Se contradice demasiado él mismo, porque a mí desde siempre me enseñó que hay que comunicarse, que hay que decir las cosas, la paciencia quizás, (..) la lealtad con los amigos, (...) respetar a tu gente.”

Tomás, 21 años, sector El Peñón.

Por otro lado, uno de los principales aspectos negativos que nombran los jóvenes en torno a la familia es la falta de diálogo y apertura a ideas nuevas presentadas por estos jóvenes, destacándose en este último punto el papel que juegan las relaciones intergeneracionales en un contexto adultocéntrico.

“(Mis padres son) muy llevados a sus ideas y no tienden a escuchar al resto.”

Benjamín, 26 años, sector San Carlos.

A modo general se puede ver que la construcción de masculinidades por parte de los jóvenes al interior del hogar, se ve cruzada por un importante cuestionamiento a las lógicas en las que opera el género en sus padres, incluso en muchos casos negando la figura de “hombre de la casa”, intentando construir valores que superen la lógica patriarcal del hogar y la familia. Es así como se puede ver una corriente contracultural en torno a las percepciones de las masculinidades, fenómeno que se ha expresado en el último tiempo. (Duarte, 2005)

Masculinidades y el espacio público: La calle

Antes de caracterizar la construcción de masculinidades en el espacio público, en este caso la calle, se vuelve necesario dar ciertas luces en torno a cómo se configura este espacio. Para así entender de mejor manera cómo este entorno dialoga con las experiencias de los jóvenes y las formas en que se construye su identidad de género. A su vez, es necesario hacer la salvedad de que el espacio público en Santiago no se construye como un espacio homogéneo, sino que, al dialogar con la distribución de la ciudad, Puente Alto se construye como una periferia, viviendo un fenómeno de estigmatización y concentración de distintas problemáticas sociales (Fuentes et al, 2017).

“(Vivir en Puente Alto) es muy distinto, porque la desigualdad te obliga a tomar otra actitud frente a la sociedad.”

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

Dentro de la caracterización que hacen los sujetos de este espacio se nombra el peligro como una cualidad importante en éste, ya sea por sufrir algún acto delictivo, ser víctimas de algún abuso de las fuerzas del orden, enfrentamientos con otras personas, entre otros. De esta manera, la calle a diferencia del espacio del hogar se ve descrito como un escenario potencialmente hostil y de incertidumbre frente a lo que podría pasar, como un espacio no domesticable, en donde surge la

competencia y la rivalidad (Fuller, 1997).

“Cuando éramos chicos nos hacían pelear ¿Cachai? Pa’ que aprendieramos a defendernos, puta vimos hartas cosas y en general no sé si tiene que ver con ser hombre, pero sí era claro que las mujeres en general no salían a la calle, pero nosotros todo el día, toda la noche en la calle, así como... y saber defenderte, saber desenvolverte en la cancha, el fútbol por ejemplo onda, no sé po’ weon, si alguien te dice algo jugando a la pelota saber defenderte, si alguien te ofrece pelear, pelear, si alguien te molesta ofrecerle pelear. ¿Cachai? Y eso, en general con respecto a la calle tiene que ver con una cosa de respeto, como ganarte el respeto, como defenderlo.”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

Es en base a esto que también se construye este espacio a través de divisiones simbólicas (Albelda & Infantes, 2017), en donde se presenta una mayor presencia y libertad de circulación de varones que de mujeres. Es así como el peligro y la hostilidad serían escenarios que se construyen como masculinos, a través del desarrollo de distintas actividades que en distinta medida supongan algún tipo de riesgo (Albelda & Infantes, 2017).

Respecto a la construcción de masculinidades por parte de jóvenes dentro de la calle, se nombra en general una cierta despreocupación al encontrarse en ésta, en tanto ha sido construida como un espacio social masculinizado. Es así como al constituirse este espacio como masculino, lo rigen distintas características que se asocian a este polo, pero que en cierta medida se diferencian de las características anteriormente mencionadas en relación al espacio del hogar. Se nombran el presentar un rol fuerte y activo, el estar confiado, seguro de sí mismo y con temple, con una predisposición a la violencia de ser necesaria, una prepotencia y brutalidad en el trato con extraños que pueden ser leídos como amenazas en el espacio público, todo esto como una respuesta a la constante exposición al riesgo (Albelda & Infantes, 2017).

“Igual esto es como digamos, una jungla, te topai’ con cada personaje, la calle que al final igual tenis que andar como, no tenis que andar ni tan parado ni tan cabizbajo (...) tener personalidad no más po, porque si no igual como está hoy en día, si no tenis personalidad, te comen.”

Benjamín, 26 años, sector San Carlos.

En base a la caracterización de este espacio como eminentemente masculino, se nombra una mayor libertad por parte de los varones para transitar en éste, desarrollando una capacidad de respuesta frente a la exposición al peligro, lo cual puede ser entendido como una de las principales causas de la mayor presencia de varones en ésta. Lo anterior responde a la legitimación del uso de la violencia por parte de los varones, en donde frente a la falta de desarrollo de capacidades de diálogo y expresión, la violencia se construye como una forma válida de resolución de conflictos a lo largo de su desarrollo (Farías, 2018). En base a esta socialización en torno a la violencia, los varones manejan los códigos de este espacio, teniendo la capacidad tanto de atacar como de defenderse frente a la hostilidad de la calle, desarrollando un aguante frente a esta hostilidad (Zucal, 2005a). A pesar de mostrar un cuestionamiento al uso de la violencia como método de resolución de conflictos, los jóvenes dicen tener que hacer uso de distintos métodos para poder sobrellevar la hostilidad en la calle.

“Ser hombre en Puente Alto es difícil porque pasa lo mismo, también hay lados en los que, si no son acomodados, son de escasos recursos, que también hay gente que no sé po, hombres que tan metidos en weas. ¿Cachai? Que tratan a las minas como la mierda. ¿Cachai? O no sé po, andan weones secuestrando, ¿Cachai? Y no secuestran hombres po, secuestran puras mujeres po ¿Cachai? Esa es la mea volá po weon, porque también se tiene que adoptar otro rol como hombre, porque como no te pasan estas weas, tenis que estar del otro lado y no sé po, si le pasa a alguna mujer familiar tuya o amiga, tenis que estar como en el lugar de hacer alguna wea sí o sí po, entonces obligatoriamente la sociedad te impone roles que no querís adoptar po, nunca, ni de víctima ni de agresor. ¿Cachai? Que igual tenis que ir a cobrar con los weones, si no sé po, si le hacen algo a tu mamá o tu hermana, te da la mea furia po weon, vay a cobrar brígido con los weones po”

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

En contraste con este espacio y las actitudes que adoptan los varones en la calle, los jóvenes defienden la idea de que para ellos no debería existir una diferencia en el actuar en base al género de las personas, pero que, a pesar de esto, existe una realidad tangible en la que se ven las características y actitudes mencionadas y que se relacionan estrechamente con la masculinidad hegemónica. Es por esto que algunos de los entrevistados nombran el tener que adoptar ciertas conductas que no les gustaría adoptar, pero que en base al peligro y la hostilidad que se vive en la calle, deben jugar este rol como táctica para sobrellevar estas experiencias, lo cual da cuenta de las incipientes y en algunos casos contradictorias opiniones y actitudes que los jóvenes están

formando en torno al género (Duarte, 2005).

A la vez los jóvenes nombran que en la calle se forjan otro tipo de lazos que difieren de la lógica que rige las relaciones al interior de la familia ordenadas por el mundo adulto. Es así como las juventudes populares buscan en la calle desafiar las normas del mundo adulto, una ruptura con el orden establecido como una acción positiva (Fuller, 1997). De esta forma, al haber una mayor presencia de varones, se constituye en un primer momento como un espacio homosocial, el cual cuenta con distintos ritos que aportan a la reafirmación identitaria y la construcción de las masculinidades en jóvenes, es así como el grupo de pares adquiere especial importancia en la socialización y construcción de masculinidades (Vásquez del Águila, 2013). La calle se vuelve un espacio fundamental en el desarrollo de las masculinidades en jóvenes, como un espacio al cual conquistar a medida que crecen y se van desligando del espacio doméstico (Valenzuela, 2007).

Dentro de algunas diferencias que nombran respecto al espacio del hogar surge una mayor ostentación de ciertos rasgos de la masculinidad tradicional de sectores populares, como el rol protector, la violencia, la indiferencia al autocuidado, el valor y la fuerza física (Durán, 2013). También el respeto surge como una categoría central, el cual ordena las relaciones sociales al interior de la calle, el cual debe ser ganado a través de distintas vivencias por lo general asociadas al riesgo y la superación de éste, un aguante frente a la constante exposición al peligro. A la vez, este respeto debe ser defendido a lo largo del tiempo y reafirmado por sus pares varones, generando así un sistema de prestigio a través del mandato de la violencia como forma de resolución de conflictos y jerarquización de las relaciones sociales (Fernández, 2001; Lozano, 2015). Esta violencia y el consecuente aguante no opera únicamente hacia los otros, sino que se mueve en distintas direcciones, incluso hacia sus mismos cuerpos, a través del consumo de drogas, consecuentes adicciones, entre otras. (De Keijzer, 1997).

Tal como aparece la violencia y el peligro como categorías centrales dentro de la caracterización de la calle como espacio social, también se relacionan con la construcción de las masculinidades en sectores populares, en tanto la transgresión de las normas adultas y legales se construyen como un valor positivo contracultural, en donde también aparecen distintos códigos, como robar sólo a ricos, actuar con valentía, decisión, entre otros (Cooper, 2005).

“Un weon choro es no sé po, si ve que tan cogotiando a una persona ahí que conoce, el weon va y no deja que lo cogotee po, siendo que el mismo choro puede andar robando, pero no anda robando en su población po (...) pa mi en lo personal eso es un weon choro, un weon que la sabe hacer y que ayuda a su gente”.

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

Respecto a las personas que se nombran como referentes de las masculinidades en la calle se nombran a varones del círculo familiar, quienes en su rol de hombres han buscado socializar a los jóvenes en los códigos que rigen la calle. Es así como se nombra el uso de la violencia para la resolución de diferencias como un componente importante en la masculinidad hegemónica popular, como también la reprobación de cualquier actitud o rasgo físico que sea leído como femenino (Valenzuela, 2007).

Este punto adquiere importancia en tanto la calle si bien excede el espacio doméstico, la familia sigue aportando en cierta medida como agente socializador (Simkin & Becerra, 2013) hasta cierto punto en el crecimiento de jóvenes, para después dar paso de lleno a los espacios de pares para la reafirmación y construcción de masculinidades.

También se habla de que este “enseñar a ser hombre” en gran medida funciona de manera indirecta, en tanto entran en estas configuraciones personas externas al círculo familiar o de amistades. De esta forma, desconocidos coaccionan expresiones que se alejen de esta masculinidad tradicional a través de miradas, burlas y otras formas de desaprobación. Las masculinidades imprimen y reproducen en los cuerpos distintas características necesarias para ser parte del grupo que ostenta la hegemonía genérica (Schöngut, 2012). Es así como la calle y las personas presentes en ésta, juegan un rol importante en las posibilidades de construcción de masculinidades, en donde al ser leído como un espacio hostil significa a la vez la exaltación de ciertas actitudes hipermasculinizadas y un tipo específico de control sobre los cuerpos (Rich, 1996).

“La interacción misma con el mundo estando como afuera de la casa, sí. Creo que eso me ha hecho moldear igual un poco la masculinidad, de repente no sé po, salir a lugares que (...) se puede considerar más hostil como que hace que todos los hombres (...) magnifiquen todo esto de ser como más prepotente o ser más brutal”.

Mateo, 23 años, sector Independencia.

De este modo, en base a los testimonios de los jóvenes se evidencia que la interacción con el espacio de la calle se erige como un campo de configuración de masculinidades. Es aquí donde confluyen distintos actores con diferentes niveles de cercanía con los sujetos, jugando el rol de agentes de socialización en torno al concepto de masculinidades en jóvenes, los cuales lo tensionan, configuran y reproducen.

Reflexiones

En base al análisis de los resultados obtenidos se puede observar que tanto dentro del espacio del hogar como en la calle los varones nombran un trato diferenciado por el hecho de ser hombres. Mientras que al interior del hogar existe una menor responsabilización de las tareas domésticas, en la calle también se presenta una mayor despreocupación frente a los posibles peligros de este espacio. De esta forma se puede concluir que en general los varones en ambos espacios presentan un mayor ejercicio de libertad, en tanto menor carga laboral doméstica como de mayor libertad de tránsito en la calle. Esto responde a la instalación de roles de género, expresándose de maneras distintas según el espacio.

Otra diferencia que se vuelve importante explicitar es cómo la calle se construye como un espacio homosocial entre varones, en tanto al constituirse como un ambiente ajeno a lo privado significa una masculinización de éste. Junto con lo anterior, el que se le asocie a distintos peligros, los cuales según la lógica de la masculinidad tradicional podrían ser sorteados de mejor manera por parte de los varones a través del aguante, lo hace verse aún más masculinizado. Es así como con el paso del tiempo los varones aprenden y son instados a desenvolverse en la calle. Mientras que las mujeres no suelen tener esta experiencia a tan temprana edad, por los peligros que supone el espacio público, además de sumarse otros riesgos a los que se ven expuestas por el hecho de ser mujeres en una sociedad patriarcal, como lo podría ser la violencia sexual.

Otra diferencia importante entre estos espacios de socialización son los lazos que se forman dentro de cada uno. Mientras que al interior del hogar la lógica de la familia nuclear patriarcal ordena las relaciones sociales al interior de ésta, en la calle se nombra la formación de lazos entre pares varones con experiencias en común en un ambiente popular. Esto no supone que dentro de la calle no haya lógicas jerárquicas, sino que estas se ordenan en torno a otros conceptos distintos a los de la familia, como lo son el peligro y el aguante.

Al interior del hogar la lógica adultocéntrica y patriarcal parece organizar los roles en base a la distinción padre/madre y padres/hijo, en donde se presentan conflictos en torno a diferencias de opiniones. Estos conflictos se ven acentuados en la medida que sean en relación con el padre, quien juega el rol de líder dentro de este tipo de familia, ejerciendo en algunos casos violencia hacia los hijos, aparejado con una falta de comunicación profunda hacia los jóvenes. Lo anterior guarda una estrecha relación con la masculinidad hegemónica, en donde no existe un espacio para la expresión y comunicación con los otros en torno a las emociones, entendiendo esta actividad como feminizada, por tanto, ajena.

Dentro de la calle se nombran las relaciones sociales con pares varones, en donde el respeto juega un rol fundamental, el cual ha de ganarse y defenderse por medio de distintas formas, pero en general guardan relación con una exposición al peligro, el aguante frente a este y el ejercicio de la violencia, entregándole status a los varones en torno a esto, lo que comúnmente se conoce como “tener calle”.

Si bien ambos espacios muestran distintas expresiones de violencia, podemos ver cómo en el espacio doméstico existen expresiones importantes de contención y apoyo. Respecto al grupo de pares, este se nombra como un espacio de mayor disposición al diálogo. En cambio, en el espacio doméstico, al verse envuelto en lógicas adultocéntricas y patriarcales ordenadas de forma más rígida en torno al ideario de la familia nuclear patriarcal, no existe una comunicación más profunda, en comparación con las amistades dentro del espacio público. De esta manera, ambos espacios juegan un rol fundamental al momento de la construcción y socialización de las masculinidades, donde confluyen distintas personas con diferentes niveles de cercanía hacia los jóvenes.

Consumo y familia.

Se vuelve importante analizar los puntos de encuentro y desencuentro entre el consumo de sustancias en jóvenes y la institución de la familia, en tanto el consumo supone un hito que marca a las juventudes, un tipo de ritual que integra a los jóvenes en una actividad que en general se construye como adulta.

De esta forma a través del foco de la familia y las relaciones que se dan dentro de esta, se puede examinar de qué forma el consumo de alcohol y marihuana dialoga con las generaciones, el género y la transgresión como actividad masculina para así poder abordar el consumo en jóvenes.

El consumo se adapta.

En general los jóvenes entrevistados cuentan que su inicio en el consumo de alcohol sucede entre los 14 y 16 años de edad. Estos inicios en el consumo ocurren a escondidas de sus padres como respuesta a posibles represalias por parte de ellos. Lo anterior responde a que el consumo de alcohol es visto como una actividad adulta, tanto por los padres como para la institucionalidad en Chile, en tanto está prohibida la venta y consumo de alcohol en menores de 18 años según la ley 19.925.

“Cuando me empecé a juntar con personas que eran grandes, más viejas que yo y que habían vivido muchas weas más que yo y era raro que esas personas me integraran a mí a su círculo. Y ahí como que gente dijo igual: "¿Por qué este loco está con esas personas?" ¿Cachai? "No es tan weon, no es tan cabro chico" como entre comillas. ¿Cachai? Que igual son personas que no sé po, andan en cosas ¿Cachai?"

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

De esta forma, el consumo de alcohol en jóvenes supone un hito en sus vidas en dos sentidos. En un primer momento el consumo de alcohol supone una ruptura, un inicio de la juventud diferenciándolo de la infancia, en tanto los jóvenes se encuentran con una actividad que ha sido constituida como adulta, en tanto es legal su consumo y venta solo para mayores de edad. De esta manera el alcohol y su consumo en jóvenes se erigen como una forma específica de socialización (Díez, 2003).

En segundo lugar, el inicio del consumo en menores de edad al estar penado por la ley supone una transgresión importante de las normas sociales. Así el consumo de alcohol supone una tensión hacia lo prohibitivo, cruzando los límites de lo socialmente aceptado, lo cual como se ha explicitado anteriormente se constituye como una acción masculina que otorga status a quien rompa las reglas y no se vea reprendido por esto, entendiéndolo como un valor positivo en las masculinidades populares (Fuller, 1997).

En base a las conversaciones con los jóvenes entrevistados se explicitan ciertas tendencias en los inicios del consumo. Dentro de los inicios en el consumo de alcohol los jóvenes beben cierto tipo de bebidas, en este caso destilados (pisco, vodka, ron) en desmedro de consumir cerveza o vino. Estos últimos tipos de bebida, según los jóvenes, se disfrutan en la medida que se consumen constantemente, siendo en sus propias palabras un gusto adquirido, el cual no se encuentra desarrollado al recién iniciarse en el consumo de alcohol. Así, los jóvenes se inician en el consumo de alcohol a través de tragos compuestos por destilados debido a que se busca el efecto de la embriaguez, no un goce por el sabor. Es así como los jóvenes inician su consumo de alcohol buscando su consecuencia, el estar ebrios, siendo este estado parte de un rito en jóvenes (Díez, 2003).

“Empecé tomando vodka, que como estaba en el colegio, bueno 15 o 14, pero cuando estaba en el colegio el vodka tiene eso de que no te deja olor, entonces podíamos tomar así tranqui (...) cuando llegué a cuarto medio empecé a tomar pisco, después en la U mi primer año de U, todos tomaban mucha cerveza y yo me acuerdo que me tomaba una cerveza y me demoraba caleta porque era muy amarga y de ahí pa adelante como que ahora tomo pura cerveza.”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

Otro factor que se toma en cuenta al momento de decidir qué tipo de alcohol comenzar a beber es que el consumo pase desapercibido en la medida de lo posible respecto a sus padres. De esta forma, muchos jóvenes nombran el consumir cierto tipo de destilados para no ser descubiertos.

Otra decisión que se ve mediada por la transgresión y la familia al inicio del consumo de alcohol en jóvenes es el lugar de consumo. Al estar penado por la ley el consumo y venta de alcohol en menores de edad, el consumir alcohol se encuentra con distintas dificultades para ser llevado a cabo. Lo anterior supone en primer lugar, que las ocasiones de consumo no sean tantas en un inicio, reservadas para ocasiones puntuales, esto en la medida en que no haya una presencia de

figuras paternas en el espacio de encuentro o que se les permita consumir en estas ocasiones. Este consumo inicial y su carácter esporádico se diferencia del consumo adulto, el cual es más estable dentro de los días de semana (Díez, 2003).

“En ese tiempo se tomaba vodka, porque se tomaba en los puros carretes, o sea uno no era como de “ah me voy a comprar unas chelas”, no, muy rara vez. Vodka en los carretes en general y ha cambiado po ahora más, uno toma más chelita, más vino, piscola, roncola, nunca más vodka.”

Eduardo, 24 años, sector San Carlos.

En el escenario en que el consumo de alcohol no sea permitido al interior de los hogares de los jóvenes, que son la mayoría en el momento de inicio del consumo, éstos cuentan que han optado por consumir en espacios públicos como respuesta a esta negativa de los padres de permitir el consumo en menores de edad. De esta manera, el consumo de alcohol en jóvenes en plazas, bandejones, calles se vuelve una opción recurrente.

“Era más que nada la oportunidad porque no tenías la oportunidad de hacerlo en una casa, igual era como super tráfugo por decirlo así estar tomando, menor de edad, era problema con los padres en general, entonces. Pero hoy en día lo veo como, casi como una vendida estar tomando en la calle si es que no tengo otra oportunidad, porque uno se expone a más cosas, como algún parte”.

Diego, 24 años, sector El Peñón.

Lo anterior no se encuentra exento de problemas, teniendo en cuenta que el consumo de alcohol en la vía pública también está penado por la ley, y no únicamente en menores de edad, sino que en la población en general. Es así como se habla de una exposición al riesgo al beber en el espacio público, en tanto la calle ya se construye como un espacio hostil y de constante exposición al riesgo, a esto se suma el romper la ley al consumir en la vía pública. Así los jóvenes ya no sólo se exponen a peligros como el crimen, sino que ahora también se suma el peligro de ser descubierto por las fuerzas del orden. Lo anterior guarda estrecha relación con las masculinidades populares, en tanto se transgrede las normas del mundo adulto y el marco legal (Fuller, 1997).

“Yo creo que (bebía alcohol en la calle por) la indiferencia al autocuidado, como que me daba lo mismo lo que pasara, quería tomarme algo y era.”

Agustín, 26 años, sector Casas Viejas.

Esta exposición frente a las fuerzas del orden adquiere especial importancia en virtud del contexto de crisis sociosanitaria (Cristi et al, 2021), en donde la aplicación de medidas represivas como el toque de queda, las cuarentenas obligatorias y la presencia de militares en las calles ha significado una sensación de miedo al estar en el espacio público por posibles sanciones y apremios ilegítimos, lo cual se vería acentuado al estar rompiendo la ley. Este contexto ha significado un traslado obligado del consumo a espacios domésticos, con menos personas, incluso llegando al caso de ingerir alcohol en solitario, lo cual por muchas razones puede ser problemático para los jóvenes.

“Antes de la cuarentena me gustaba hartito salir a las plazas, ir a la monse ¿cachai? O salir a algún lado, así como abierto po. Después de la cuarentena como está muy paquea la calle, yo creo que lo mejor es estar en casas po, y frecuento más casas, lugares seguros”.

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

El consumir en espacios públicos, según los jóvenes entrevistados, supone una mayor exposición al riesgo. Esto a su vez reduce la cantidad de alcohol que se puede consumir, a diferencia del consumo al interior de espacios privados, en donde se puede consumir mayores cantidades al encontrarse en un espacio más seguro y de mayor confianza que la calle.

“Cuando uno está en un lugar que siente seguro, por lo general, toma más o no cuenta cuánto está tomando, es más difícil cómo llevar el... uno se desbanda dependiendo de si se siente más seguro o no en el espacio en el que está. En una plaza no voy a quedar botado po, a lo más si estoy en una plaza me tomo una chela buena onda, pero no más que eso, en cambio, no sé, en una casa si uno se baja una botella de pisco, no importa, porque te tiras en el sillón y te dormí.”

Eduardo, 24 años, sector San Carlos.

Respecto al consumo de marihuana, podemos entender este también como una actividad asociada a cierto rito en las juventudes, en tanto la actividad de fumar de por sí supone una actividad ajena a lo infantil, siendo un derecho concedido solo a los adultos (Guevara, 2006). Sumado a esto, el hecho de que esté penado por la ley la producción, el tráfico, la receptación y porte de marihuana, estipulado en la ley 20.000, hace que el fumar marihuana se constituya como una transgresión a la norma social, teniendo múltiples implicancias en el consumo y la construcción de masculinidades (Fuller, 1997).

Los jóvenes dicen haber fumado cannabis por primera vez entre los 15 y 16 años de edad, también a escondidas de sus figuras paternas. En tanto al tipo de marihuana que consumen existen dos tendencias. La primera corresponde a quienes tienen relación con alguna persona cercana internalizada en el mundo de la marihuana, lo que en algunos casos supone el autocultivo y fumar por primeras veces marihuana sin intervenir.

El segundo caso que se ve es a través del consumo de marihuana prensada o porro, en virtud de su precio y el difícil acceso a la marihuana que se veía hace unos años. Es de esta forma que frente al desconocimiento en torno a la marihuana muchos jóvenes consumen una de peor calidad. Esto supone distintos efectos en la salud y desarrollo de los jóvenes, además de guardar una estrecha relación con el ambiente popular en el que se encuentran los jóvenes de Puente Alto, viviendo los efectos de la precariedad urbana y los efectos de la segregación (Gargantini, 2019).

“No cachaba nada po y ahí empecé a fumar porro con los cabros, tomábamos la micro, pa ir a comprar”.

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

En general quienes se iniciaron en el consumo de marihuana de esta forma dicen no mantener el consumo de este tipo de marihuana, sino que éste ocurre únicamente al inicio de su consumo, en la medida que con el paso del tiempo existe una mayor oferta de marihuana de mejor calidad y que van aprendiendo en torno a lo nocivo que es este otro tipo de marihuana.

“Fue como puro porro. Pero después ya en el camino como que fui de a poquito, o sea ya sabía que la wea era mala, entonces de a poco fui como extinguiendo un poco el uso de esa wea hasta que ya no sé, ponte a los 18, 19, ya como que evitaba esa wea absolutamente”.

Agustín, 26 años, sector Casas Viejas.

En este punto se vuelve necesario hacer hincapié en cómo la clase social influye directamente en los patrones de consumo de los jóvenes. La compra y consumo de marihuana de baja calidad supone un menor poder adquisitivo, como también el contacto directo con redes de narcotráfico y la cooptación del espacio público por éste (Gargantini, 2019). Este entorno supone altos niveles de violencia y exposición a distintos peligros, tanto para quienes compran, venden y transportan.

“Porque hay hartos riesgos en el ir a comprar a algún lugar donde se trafique po. ¿Cachai? Igual es peligroso y no vai, no solamente vas tú po, me refiero a que va mucha más gente al mismo lado, cuando son puntos po, entonces va más gente y la gente que anda con otras intenciones y anda observando todo, en la misma población de repente si no te conocen también, te pueden confundir, te pueden pasar hartas cosas po. Y no está bien visto tampoco eso po, entonces igual hay que tener cuidado po, cuando se entra en ese mundo. Y lamentablemente hay gente que tiene otras intenciones en muchos lados y de repente es cosa de suerte que te va a tocar a ti o le va a tocar a otra persona o a un cercano. ¿Cachai? Entonces no sé po, de repente te podía salir todo bien, podiai hablar con nadie en el camino, de repente te podía salir todo mal por encontrarte a un weon que te quería cogotiar en la esquina así. ¿Cachai? O los pacos así o todo po, porque estai en algo ilegal po, igual po. ¿Cachai? Tiene sus riesgos po.”

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

Ocurre un fenómeno similar al consumo de alcohol, en tanto la prohibición de consumir marihuana por parte de los padres significa desplazar este consumo al espacio público, el cual carece de supervisión parental. El consumo de marihuana en el espacio público, al igual que el consumo de alcohol, se caracteriza como una actividad de riesgo, en tanto puede suponer algún tipo de sanción por parte de fuerzas del orden y ser estigmatizados. Es así como la ilegalidad que rodea al consumo de marihuana es funcional a la construcción de masculinidades populares, siendo reafirmadas por esta práctica (Fuller, 1997).

Transgresión y consumo.

Teniendo en cuenta que el inicio del consumo, tanto de alcohol como marihuana, supone un hito en las juventudes y la construcción de masculinidades, en tanto transgresión y emancipación de las normas de la familia, se vuelve importante examinar de qué manera los padres abordan el inicio del consumo por parte de los jóvenes.

En general los jóvenes nombran que a sus padres y madres no les sorprende que se hayan iniciado en el consumo de alcohol, incluso lo asumen, en tanto el carrete juega un rol fundamental en la socialización de los jóvenes en Chile postdictadura, el cual dota de sentido e identidad (Matus, 2005).

“Ni fue que yo le dije, así como: "oye papá, empecé a tomar". ¿Cachai? No hubo una conversación, sino que él probablemente lo cacho por descarte no más, que yo empecé a salir de noche y los papás tampoco son weones, si te sienten el olor a cigarro, te sienten olor a copete, saben po. Nunca se conversó así.”

Tomás, 22 años, sector El Peñón.

Sin embargo, para el caso de la marihuana se ven ciertos matices en torno a cómo fue cuando las figuras parentales se enteran del consumo por parte de los jóvenes. Esto responde en gran medida al carácter ilícito que rodea a esta sustancia, siendo un consumo estigmatizado por generaciones anteriores, en contraste con una mayor tolerancia en su consumo actualmente (Amaya & Román, 2018). Además, el consumo de esta droga significa una exposición a distintos peligros al encontrarse en un ambiente ilegal controlado por el narcotráfico.

“Creo que (mi mamá) tuvo un poco de miedo, como por los prejuicios propios de la marihuana y creo que le preocupaba hartito meterse al mundo de la marihuana, más que consumirla como el hecho de tener que conseguirla, venderla, comprarla, como que eso le preocupaba mucho más que solo fumara.”

Mateo, 23 años, sector Independencia.

En base a las conversaciones con los jóvenes es que se pueden identificar en general dos perfiles de cómo los padres abordan el tema del consumo de drogas en jóvenes. Para caracterizar los perfiles identificados se hace uso de la nomenclatura desarrollada por Sánchez et al (2008) en estilos educativos parentales.

El primer perfil se le conoce como estilo autoritario (Sánchez et al, 2008), en donde existe un miedo por parte de los padres al enterarse de que sus hijos han iniciado su consumo de dichas sustancias. Este perfil de padres afronta el consumo de drogas por medio de la prohibición, lo cual a su vez supone una falta de entrega de herramientas para los jóvenes sobre cómo enfrentar los peligros del consumo, exponiéndolos a malas experiencias, teniendo que aprender a medida que viven distintas experiencias en torno al consumo. Esta forma de abordar la problemática del consumo de drogas en jóvenes se relaciona con una ausencia de conexión entre las figuras parentales y los jóvenes, como también con una relación familiar caracterizada por el conflicto entre sus integrantes (Muñoz & López, 2001).

“Me empezaron a paquear po, y me dijeron, y era un momento de mucha violencia donde yo seguía recibiendo la misma violencia de siempre (...) y ellos se enteran ya del consumo de drogas y alcohol y como que no pudieron hacer mucho tampoco, o sea no supieron cómo afrontarlo y al final fue algo que yo enfrenté solo, en el sentido de que igual podrían haberme enseñado algo. ¿Cachai? Haberme dicho algo preventivo, pero lo aprendí solo, igual tuve malas experiencias.”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

El segundo perfil que se identifica se le ha denominado estilo democrático (Sánchez et al, 2008), en donde prima una comunicación asertiva por parte de los padres y un ambiente familiar propicio para el involucramiento de jóvenes en las decisiones familiares (Muñoz & López, 2001). Es de esta manera que dentro de este perfil los padres entregan consejos a los jóvenes para afrontar la actividad del consumo. Dentro de los consejos que se nombran está el medir la cantidad, frecuencia y calidad de lo que se consume, a través del compartir experiencias, tanto de los jóvenes como de los padres en torno al consumo de sustancias.

“Alguna vez me dijo, así como: "cuídate", así como ten cuidado con tomar mucho no más, pero nunca me dijo así como: "oye", todo lo contrario, de hecho conversamos, compartimos anécdotas, él me contaba: "oye, yo cuando empecé a tomar hacía estas cosas", pero siento que esas son como las cosas que igual te enseñan entre comillas, no sé si él me contaba que un día se meo ponte tú, oh yo quedo así: "yo no me quiero mear".”

Tomás, 21 años, sector El Peñón.

Es importante en este punto destacar los efectos que tiene la pertenencia a clases sociales populares en los posibles efectos del consumo de drogas, como también la estigmatización que viven los jóvenes consumidores de drogas y su consecuente criminalización y medicalización por parte de la opinión pública y las fuerzas de orden (Jiménez & Guzmán, 2012; Zorrilla, 1987). Sumado a lo anterior, un contacto más estrecho con el mundo del narcotráfico y la presencia de otras drogas más nocivas significa una preocupación por parte de los padres, lo cual responde directamente a la clase social a la que pertenecen las familias.

“También fue un escándalo, sí. Y similar al del alcohol, pero ahora estaban mis dos papás, mi papá y mi mamá y creyeron lo mismo, que me iba a descarriar, que iba a tener problemas, que iba a terminar en la pasta base, porque igual era un tema tabú para ellos, era mal visto, estaba muy relacionado a las drogas duras.”

Diego, 24 años, sector El Peñón.

Reflexiones

A partir de los resultados anteriormente expuestos, se puede ver que en general el consumo de alcohol y marihuana dialoga estrechamente con la familia, a la vez que aporta en distintos puntos en la construcción de masculinidades en los jóvenes. Es así como la transgresión, un concepto fundamental en la orientación genérica de los jóvenes, guía el consumo, como rito de paso que deja atrás a la infancia, reafirmando la autonomía de los varones al superar las reglas que ordenan no solo a la familia, sino también al marco legal que rige la sociedad chilena.

Si bien el consumo tanto de marihuana y alcohol significan una transgresión de un conjunto de normas, no presentan los mismos niveles de estigmatización por parte del mundo adulto. Es así como se puede evidenciar cómo la normativa legal incide directamente en las percepciones en torno al consumo de distintas sustancias. Sumado a lo anterior, el hecho de que el consumo y venta de marihuana sea relegado a un plano ilícito, tiene distintas implicancias en las experiencias de los jóvenes de sectores populares. De esta manera, los jóvenes han de tener un contacto estrecho con el narcotráfico, en donde el acceso, precios y calidad de la sustancia que consumen tiene efectos diversos en sus vidas, desde el consumo de otras drogas, la exposición a un ambiente violento, entre otros.

Estas experiencias y los distintos riesgos que se presentan en el acceder al mundo del narcotráfico se ve diferenciado en base a la clase social a la que pertenecen los jóvenes. El vivir en Puente Alto o en alguna otra periferia de la ciudad de Santiago supone una mayor exposición al riesgo en muchos sentidos, siendo el narcotráfico a gran escala una realidad cercana, a diferencia de otras comunas más acomodadas de la ciudad, viéndose una desigualdad estructural y territorial al interior de Santiago.

Por último, es necesario hacer hincapié en el rol que juega dentro del consumo de alcohol y marihuana en jóvenes la actitud que toman los padres para abordarlo. Teniendo en cuenta que los jóvenes se encuentran frente a un espacio nuevo, como lo es el consumo de dichas sustancias, es

crucial el aportar en herramientas que aseguren la gestión de su propia salud y bienestar. Entender que el consumo de alcohol y marihuana es una realidad a la que se ven expuestos por distintos medios, desde el grupo de pares hasta los medios de comunicación masivos, es crucial. Es en este punto que un ejercicio de confianza y de apoyo es decisivo, velando por el desarrollo de las capacidades de decisión de los jóvenes, en desmedro de medidas prohibitivas que en la práctica dista de los efectos que busca lograr.

Consumo, un gusto adquirido.

En base a que, tanto la familia como el contexto en los que se desenvuelven los jóvenes se ven atravesados por el consumo, se vuelve necesario examinar cómo este último entra en las dinámicas de socialización de los varones.

A partir del enfoque de esta investigación, el género a través de las masculinidades supone una dinámica de socialización que dialoga con el consumo, en tanto supone una experiencia que se aprende y desarrolla, una relación entre las propias percepciones de los jóvenes y las expectativas impuestas por el sistema sexo/género.

El consumo como hito en las juventudes.

El inicio en las prácticas de consumo de marihuana y alcohol en jóvenes tiende a ser un espacio homosocial en cuanto a género, donde los jóvenes se encuentran para beber y fumar “entre los suyos”, donde se ejercen formas de hombría (Brandes, 2002). De esta manera, el consumir marihuana y alcohol se constituye como un espacio de alta presencia masculina. Los inicios en el consumo tienen un valor importante para los jóvenes, suponiendo un mayor contacto con sus grupos de pares, quienes se encuentran en búsqueda de nuevas experiencias (González et al, 2014), en muchos casos a escondidas de las figuras paternas y de la ley. Así, el inicio en las prácticas de consumo tiene una alta carga simbólica, un quebrantamiento de las normas como reafirmación masculina. Lo anterior resulta interesante al ver que el consumo en jóvenes ocurre en gran medida dentro del espacio de la calle, el cual presenta una mayor presencia y libertad de tránsito de varones jóvenes.

“En un principio sí, tomaba con casi puros hombres, que igual estudié en un colegio de hombres, entonces eso implicaba mucho. Y después la universidad también eran casi puros hombres y ahora es mixto en general.”

Diego, 24 años, sector El Peñón.

Si bien el inicio en el consumo supone un momento importante, también lo es el mantener cierto nivel de consumo durante el tiempo posterior al primer acercamiento al consumo, pasando por distintas etapas, formándose lo que Howard Becker (2008) conceptualiza como carrera. El consumo se construye así, como un ejercicio de socialización constante, un demostrar ininterrumpido de ser hombre en la calle (Duarte, 2005). Si en un inicio el consumo se encontraba restringido a situaciones puntuales como cumpleaños, con el paso del tiempo el consumo supera estas ocasiones puntuales. Es así como el consumir distintas sustancias adquiere un carácter más habitual, un punto de encuentro asociado a lo juvenil, a un tipo específico de cultura relacional (Uceda et al, 2016).

En general los jóvenes declaran resistir frente a grandes cantidades de alcohol y marihuana sin vomitar, ni dormirse o poder sobrellevar los distintos efectos adversos del consumo, en tanto el consumo sea sostenido en el tiempo, ya que el disminuir la frecuencia del consumo también significa una disminución en este aguante. Otra característica que nombran dentro del aguante es el no tener miedo frente a los efectos posteriores que tiene el consumo, como lo puede ser su salud, algún tipo de resaca, entre otras.

“Sí igual, o sea cuando yo quiero tomar, ponte tú con mi viejo, pucha para las fiestas típicas de 18, año nuevo, navidad. Que lo típico, de repente te excedí, yo con mi viejo no sé po, entre los 2, una botella. Y de repente sale algo más. ¿Cachai? A diferencia de no sé po de mis pares”

Benjamín, 26 años, sector San Carlos.

Si bien los primeros acercamientos al consumo tienden a ser espacios homosociales, los jóvenes también declaran que con el paso del tiempo este espacio tiende a una mayor presencia de mujeres, a veces como amigas, otras como pareja de alguno de los varones del grupo.

“En su mayoría casi siempre ha sido con muchos hombres, la mayoría, onda sí a veces ha habido mujeres o las pololas. ¿Cachai? O cuando he tenido pareja también obviamente como que he ido con ella, bacán, pero en general son como con mayoría hombres.”

Cristián, 22 años, Sector Nosedal.

De esta manera, en base a que los jóvenes mantienen el consumo de marihuana y alcohol, la conformación del grupo con el cual consumen va presentando cambios. A medida que los jóvenes pasan por distintas instituciones, con variaciones en torno composición de género, como escuelas o universidades, el espacio y grupo de consumo también presenta cambios.

El consumo aparece como una práctica constante en el tiempo, la cual juega un rol fundamental en la socialización en jóvenes, sobre todo entre varones (Brandes, 2002). Es así que existen casos en donde el consumo de alcohol y marihuana es usado como excusa para que los jóvenes se reúnan con sus amistades.

“De repente era como que tomáis por tener una compañía, así como por último para conversar. Por lo menos de repente me había pasado a mí.”

Benjamín, 26 años, sector San Carlos.

Un punto interesante al situar el consumo en el contexto de pandemia por el Covid-19, es que supuso una restricción a las libertades individuales como el reunirse, el tránsito, entre otras. Es así como los jóvenes tuvieron que ver menos a sus amistades o en menor cantidad. Frente a la necesidad de disminuir las personas con las que se podían ver, los varones declaran haber visto mayormente a varones en los tiempos de confinamiento, lo cual significó una remasculinización del espacio de consumo.

“Por el tema de la pandemia, que me veo solo, si es que me veo y si es que tomo, con mi grupo más cercano, más más cercano, y esos son 4 personas ahora, 3 personas perdón, entonces son hombres po, o sea no hay mucha diversidad, son mi primo, mi mejor amigo y un gran amigo de la vida. ¿Cachai? Antes con estas reuniones que te decía de los coros y cosas así, ahí había más diversidad de todo, más amigas, más amigos, pero la gente que es más cercana a mi han sido gran parte del tiempo hombres.”

Tomás, 22 años, sector El Peñón.

De este modo, el consumo muestra diferencias en tanto existen variaciones de los grupos y espacios en los que se mueven los jóvenes, tanto respecto al género como con las generaciones. Una variación importante en torno a lo último es el espacio en el que se consume según las clases de edad (Duarte, 2012). Es así como los jóvenes caracterizan el beber en espacios públicos como una actividad ligada a lo juvenil, dejando fuera a adultos de esta práctica.

“Dependiendo de la edad (de sus acompañantes), ponte tú yo. En el rubro que estoy, como cantando y todo eso, hay mucha gente mayor po. Entonces eso a mí me hace hartito ir a bares po, o a locales, pero... Claro, estamos hablando de gente de 50, 40 años, que no se van a ir a tomar una báltica a una plaza, po. ¿Cachai?”

Tomás, 22 años, sector El Peñón.

“Ya pasé como la etapa de la plaza, ya como plazas, no, porque igual de repente te arriesgai po, hoy en día netamente como estamos en pandemia, te limita. Aunque igual tengo aquí ponte tú plazas cerca, puedo ir a tomar, pero no tengo la necesidad, quiero tomármelo tranquilo en mi casa, compartiendo y sabiendo que no corro ningún peligro.”

Benjamín, 26 años, sector San Carlos.

Otro punto donde se ve una variación en el consumo es en torno al tipo de alcohol que se bebe según la situación. En general se habla de una ingesta de bebidas con mayores grados de alcohol en reuniones con mayor cantidad de personas, con el fin de llegar a cierta euforia, el “estar prendidos”. Mientras que, en reuniones con menos personas, se suele tomar cerveza, en tanto supone un menor nivel de embriaguez y que también es un consumo más habitual, no tan esporádico, constituyéndose como un pasatiempo (García et al, 2010).

Otro escenario en el que se nombra una variación respecto al consumo de alcohol es al beber con familiares de mayor edad, los cuales suelen ser varones. De esta manera, en las reuniones familiares se nombra el consumo de vino y destilados en conjunto con varones mayores. Ante esto se puede entender el consumo de alcohol como una conducta que se aprende y legitima gracias a varones mayores de la familia (García & Ríos, 2020).

“Con la familia nos juntamos todos los sábados, entonces por ejemplo yo con mis amigos en general lo que más tomo es chela, pero y con mis primos igual, pero cuando nos juntamos con mis tíos, como con los adultos, que yo comparto hartito con ellos, tomamos hartito vino o ron.”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

Emocionalidad y consumo.

El consumo también guarda relación con las emociones que experimentan los varones a lo largo de su vida y cómo las gestionan. Como pudimos examinar anteriormente, los varones presentan un menor desarrollo de habilidades emocionales como consecuencia de la asignación de roles de género (Núñez et al, 2008). Es así como la falta de diálogo entre varones, que parece ser norma bajo la masculinidad hegemónica, encuentra en el consumo de alcohol y marihuana una posibilidad de expresión. Es así como la desinhibición que se ve al estar ebrio o drogado permite una comunicación sincera y profunda entre varones, un cierto nivel de confianza (Brandes, 2002).

“A mí me cuesta mucho abrirme, por ejemplo, lo que te contaba sobre la violencia que he vivido y todo, pero eso no es algo que sea fácil pa mi contarle a cualquier persona, entonces eso pa mí también es íntimo y cuando he estado curado también me he puesto a hablar de eso, porque me ha sido más fácil abrirme y porque me he sentido como en confianza igual.”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

“Como que uno recuerda así medio borroso de repente, pero son bacanes son como que te podí liberar de una carga que tenías guardada como que te ayuda, pero yo tampoco he sido así de desahogarme con cualquiera.”

Santiago, 26 años, sector Diego Portales.

De esta manera, los jóvenes dicen poder conversar con mayor facilidad temáticas que les son difíciles de compartir, como lo son problemas personales, intimidades, sexualidad, afectos, entre otros. Un punto interesante en esta desinhibición es el poder expresarse entre varones los afectos que se tienen los unos a los otros. Es así como el estar drogado permite una mayor expresión, el desligarse de los mandatos hegemónicos de la masculinidad, “el correr los límites de la masculinidad sin salirse de ella, algo que salta el límite de la masculinidad, pero no cae en lo que se consideraría una desviación de ésta” (Duarte, 1999, p. 146).

Es aquí que el efecto amnésico que pueden tener las drogas resulta fundamental. Los jóvenes pueden desligarse de los efectos emocionales que tuvo alguna conversación, pasar por alto esta excepción. Sin embargo, hacen la salvedad de que el alcohol presenta una mayor capacidad amnésica, es más fácil conversar temáticas íntimas con la ayuda de éste, en tanto suponen un menor compromiso frente a la conversación y una mayor facilidad de pasar por alto los efectos de dichas conversaciones.

“Trato de no hacerlo, porque sé que después no puedo volver a sentirme bien, recuperarme. Cuando estoy volao me cuesta más que cuando estoy curao, tai curao cambiai de tema de conversación y se te olvida, pero volao me cuesta más, entonces como que no lo hago tanto, pero sí lo he hecho. Por ejemplo, puta me ha pasado que puta la wea, justo prendo un pito y me preguntan por mi ex, y es como, que paja weon. ¿Cachai? Pero también me ha pasado y que he apañado caleta como con mis compañeros, compañeras, que fuman cuando nos hemos juntado, sí, me ha pasado que me buscan pa fumar, prendí un pito y en verdad no era pa fumar po weon, era pa contar alguna wea entera brígida que les había pasado.”

Cristián, 22 años, sector Nosedal.

Otro punto que refiere al vínculo que guardan las emociones de los jóvenes y el consumo de alcohol y marihuana es cómo sus estados de ánimo influyen en sus patrones de consumo. De esta forma, muchos de los jóvenes entrevistados dicen fumar y beber en solitario de manera constante en episodios depresivos. Este punto se vuelve problemático por distintas razones. Una de ellas es que los jóvenes ven al consumo como una forma de afrontar las dificultades que viven, como también sus efectos a nivel emocional, lo cual en gran medida aporta en que se presenten comportamientos adictivos (Chávez et al, 2013). Sumado a lo anterior, cabe destacar las distintas dificultades y desigualdades a las que se ven expuestos los jóvenes de sectores populares y que en muchos casos afrontan a través del consumo de distintas sustancias.

“Sí, cuando estuve en depresión todo el año pasado. Sí, tomaba solo en la pieza y fumaba mucha hierba. Si demasiada hierba, yo en su momento llegué a fumarme 5 gramos diarios y un six pack de chela diaria.”

Benjamín, 26 años, sector San Carlos.

“El año pasado pasé cumpleaños solo, navidad solo, año nuevo solo, muchas fechas importantes así solo, los cumpleaños de mi familia ¿Cachai? Y todo eso, y somos bien unidos po. ¿Cachai? Entonces igual era penca po, y nada po, dije: "Ya, no, mucho, así tengo que pasar navidad, año nuevo y mi cumpleaños allá, sí o sí", y me fui po, porque justo en orden, es navidad, año nuevo, mi cumpleaños. Y la wea es que me hizo terrible bien po, porque allá no necesitaba consumir nada, ni siquiera abstinencia tuve, nada así, nada. Y acá en Santiago, pal pico po weon, así taba mal de repente po, si de hecho por esa misma wea empecé a consumir caleta de clonas, mucha clona, clona así, clona y llegó un momento en el que ya weon, consumía 10 clonas al día, 20, o sea dos plaquetas. ¿Cachai? Pasaba borrao po, pa no consumir nada más po. No, si es brígido weon, si cuesta dejar los vicios, es cuático, es una lucha super cuática weon, pero se puede. Si al final lo que necesitaba era más apoyo como emocional que cualquier otra wea, era más que nada eso.”

Lucas, 23 años, sector Los Toros.

Esta tendencia que muestra el consumo según los estados de ánimo de los jóvenes también tiene efectos en sus emociones. Es así que, el consumir sin compañía lo significan de manera distinta que el consumo con el grupo de pares. Se observa una estigmatización del consumo de jóvenes en solitario, en específico del consumo de alcohol. Es catalogada como una adicción por los mismos jóvenes, como una actividad que no posee el carácter de socialización que ofrece el beber con otras personas, presentándose a medida que hay un consumo sostenido en el tiempo y que decanta en una adicción (Gaete, 2007). Sin embargo, los jóvenes no ven el consumo de alcohol en solitario como necesariamente un consumo problemático bajo ciertas condiciones, permitiéndose éste en tanto sea esporádico y que se haga por gusto.

“Yo no le encuentro brillo a tomar solo, o sea, si te gusta, así como el copete, el sabor, como me pasa a mí con la chela, por ejemplo, que de repente me tomo una chela yo solo, vo dale po, pero siento que como el ritual entre comillas de compartir y carretear siento que no se puede hacer solo.”

Tomás, 22 años, sector El Peñón.

También es importante poner en relieve cómo el contexto pandémico significó también la proliferación de situaciones de consumo en solitario, tanto por la angustia generada por las medidas de confinamiento y la incertidumbre respecto al desenlace de la pandemia. Los jóvenes

nombran el consumo en solitario como un medio para abordar el contexto pandémico. De esta manera el consumo de alcohol y marihuana aparece como solución parcial frente a estos escenarios adversos (Rojas, 2020).

“(En la pandemia) me vino un bajón fuerte, dije como “Pucha. ¿Por qué estoy tomando tanto?”, me sentí culpable por tomar tanto, me sentí super mal, como que no sabía que quería lograr tomando tanto.”

Mateo, 23 años, sector Independencia.

Junto con lo anterior, la pandemia del Covid-19 también trajo otro tipo de reconfiguraciones en torno al consumo de alcohol y marihuana. Una de estas fue el consumir con amigos a través de plataformas virtuales a través de videollamadas, una incorporación de las tecnologías en sus actividades cotidianas (Hernández & Alcoceba, 2015). Si bien en cierta medida se puede decir que se lograban algunos elementos de consumir en conjunto, como conversar o escuchar música, los jóvenes hablan de una incomodidad en relacionarse por este medio. Entendiendo el consumo de distintas sustancias como una actividad eminentemente social, multidimensional y compleja (Jiménez & Guzmán, 2012), es que se sustrae una parte fundamental, el contacto directo entre grupo de pares, despojándole de significado y poder de cohesión a la práctica de consumir marihuana y alcohol. Lo anterior no deja de ser problemático, en tanto puede significar un aumento en el consumo de estas sustancias en búsqueda de sensaciones que no se pueden lograr sin el contacto directo entre personas.

“Terrible incómodo, no me gustó (consumir por videollamada) (...) la presencia de compartir un copete igual es como distinto a estar, no sé po, comprarte una botella de pisco solo pa estar hablando frente a un pc, no es tan agradable como juntarse con gente y hacer lo mismo.”

Agustín, 26 años, sector Casas Viejas.

“Es diferente porque estoy sentado y me gustaría estar parado bailando o ir de grupo un grupo de repente decirle a alguien “oye ven pa acá, tengo que contarte algo”, no sé.”

Martín, 19 años, sector San Carlos.

Respecto a lo que concierne al consumo en solitario de marihuana, éste parece estar más legitimado por parte de los jóvenes en tanto lo significan de manera distinta. Es así como el fumar solo se asocia a un ejercicio de introspección o al quehacer de distintas actividades, tanto recreativas como de labores, sin sufrir la estigmatización que sí se construye en torno al consumo de alcohol en solitario por parte de los mismos jóvenes.

“Fumar solo es como un eje más de introspección como... yo por lo menos me pongo a pensar más, así como que me dan ganas de tirarme en la cama y escuchar alguna wea, me voy como en mi volá o de ver una película y quedar pal pico, como que en esa me voy.”

Santiago, 26 años, sector Diego Portales.

El peligro y el consumo.

El consumo, como se ha visto hasta este punto, juega un rol fundamental en la socialización y conformación de las identidades masculinas. La transgresión a las normas, tanto adultas como legales, supone un cambio importante en sus vidas, un cuestionamiento, un atreverse (Zucal, 2005a). De esta forma, los jóvenes de sectores populares reafirman el estar expuestos al peligro y salir ilesos como un valor positivo, un desarrollo del aguante. Esta exposición al riesgo se encarna en el espacio de la calle, como territorio que excede lo doméstico y que se organiza en torno a valores y normas extralegales.

Los jóvenes de sectores populares viven bajo una estigmatización constante por la clase social a la que pertenecen, de manera que se les condena y cataloga como un grupo delictivo, a diferencia de jóvenes de clases sociales más acomodadas que también consuman las mismas sustancias (Sancho, 2014). Lo anterior se acentúa al consumir en espacios públicos, a la vez que se ve reafirmado por parte de la opinión pública y los medios de comunicación (Matus, 2005). De esta manera, los jóvenes consumidores viven una exclusión, en donde al encontrarse con otros jóvenes en las mismas prácticas conceptualizadas como desviadas acentúan una identidad en común, la cual se construye en contraposición a un discurso moral hegemónico (Sancho, 2014).

Es así como el consumo aporta cierta cohesión entre jóvenes de sectores populares, en tanto comparten vivencias y significados comunes en torno a las prácticas de consumo. Es en torno a las prácticas y significadas en torno a esta actividad que se moldea una masculinidad específica (Brandes, 2002). Esta se ve construida en torno al peligro, si el estar en la calle ya supone un riesgo, el estar drogado en esta, aumenta la apuesta, contribuyendo a la conformación de la

identidad masculina de los jóvenes populares (Fuller, 1997). De esta forma, los varones en el transcurso de su vida de consumo aprenden a sortear y enfrentar la hostilidad, incluso en estos estados que dificultan sus respuestas frente a distintos estímulos. Es así que la superación del peligro y la violencia se constituye como un tipo específico de aguante.

“Hay un montón de peligros potenciales al estar... ya al estar sobrio en la calle hay un montón de peligros potenciales, entonces, estar curado en la calle esos peligros se multiplican a full.”

Eduardo, 24 años, sector San Carlos.

Dentro de los principales riesgos que se nombran al estar consumiendo en la calle es la aparición de alguna de las fuerzas de orden, quienes desde la revuelta popular de octubre del 2019 y con las medidas de confinamiento producto del Covid-19, han mostrado un constante hostigamiento y apremios ilegítimos hacia jóvenes de sectores populares. La calle en este contexto adquiere niveles de peligro inusitados y con efectos aún más perjudiciales.

Otro contacto directo que guardan los jóvenes de sectores populares con el peligro son los niveles de consumo, como también el exponerse a peligros y sortearlos de buena manera en ese estado. En base a esto, los jóvenes declaran un policonsumo de drogas y no solamente de marihuana y alcohol, sino que también otras drogas como cocaína, éxtasis, entre otras.

“Yo creo que antes de la pandemia, incluso durante la pandemia un tiempo igual, los carretes eran mucho más cuático, era un exceso de alcohol. ¿Cachai? Después, no sé po, había marihuana, cocaína. ¿Cachai? Éxtasis, eh... Hasta popper, muchas drogas así, tussi, no sé, el éxtasis de repente lo molíamos pa jalarlo po. Molíamos éxtasis, lo mezclamos con cocaína, hacía un miti y jalábamos éxtasis molido con cocaína po weon, estando copeteados así, era una locura total.”

Lucas, 23 años, sector Los Toros

Este consumo implica se ve caracterizado por la presencia de diversas sustancias, cada una con distintos efectos, lo cual no deja de ser alarmante en torno a cómo interactúa cada sustancia con la otra, pudiendo tener consecuencias nocivas en la salud, como daño hepático, sobredosis, entre otras. Lo anterior también dialoga con un importante crecimiento y diversificación de distintas sustancias en las últimas décadas (Labbé, 2018).

Reflexiones

En base al análisis de la información producida en conjunto con los jóvenes varones de Puente Alto es que se vislumbran ciertas luces en torno al consumo de alcohol y marihuana. Primero que todo, el consumo se constituye como un importante espacio de socialización para los jóvenes, en donde en un primer momento se encuentran con un entorno con mayor presencia de hombres. El consumo adquiere valor en tanto supone la transgresión, el no respetar las normas tanto de la familia como del marco legal que rige el espacio público.

La participación en el consumo de alcohol y marihuana además se construye como un ejercicio constante por distintas razones. En un primer momento, el consumo de alcohol y marihuana al ser caracterizado como un espacio homosocial, significa que quienes quieran ser parte de este espacio tengan que consumir dichas sustancias constantemente, sino se pone en riesgo la cohesión del grupo, el cual se define y construye en torno a estas prácticas. De esta forma, la reunión entre pares se ve mediada por esto, el aprender a ser hombre en el sector popular supone en muchos casos aprender también a drogarse. Por medio de esto se logran afianzar lazos, mantenerlos en el tiempo, seguir aprendiendo qué es lo que hacen los hombres en la calle.

Otro punto que se vuelve un pilar fundamental dentro del consumo es la expresión de emociones que permite éste para los varones. Bajo la lógica imperante de la masculinidad hegemónica, los varones son ajenos a cualquier expresión de debilidad o sensibilidad. Es aquí donde el consumo logra mover las fronteras de lo masculino, permitiendo el desahogo en los jóvenes varones, haciéndoles posible sobrellevar el peso de la no expresión en sus cuerpos. Por medio del efecto amnésico y la desinhibición que trae consigo el consumo de drogas, los varones son capaces de expresar sus sentimientos hacia sus pares de manera sincera, sin poner en juego sus masculinidades, las cuales necesitan ser reafirmadas de manera constante. De esta manera, el consumo vuelve una práctica no masculina en aceptable, en tanto se ve acompañada por la ingesta de distintas sustancias, bajo el velo del alcohol y la marihuana las prácticas ajenas a la masculinidad hegemónica son legitimadas.

Otro significado que se le otorga al consumo de alcohol y marihuana es entenderlo como recurso de enfrentamiento emocional ante episodios difíciles para los jóvenes varones. Nombran un cambio en sus dinámicas de consumo al sentirse tristes o deprimidos. Esto adquiere especial interés al ligarlo al punto anterior, si el consumo les permite expresar una multiplicidad de

emociones, en cuyo lenguaje no se manejan los varones, también les permite sobrellevarlas hasta cierto punto. Los jóvenes al ser socializados dentro de los estándares de lo que es ser hombre, carecen de las herramientas para entender sus sensaciones y enfrentarse de manera saludable a ellas. El consumo aparece nuevamente como una posible respuesta a emociones que les incomodan o también para pedir ayuda a otros varones. Es así como el consumo en gran medida es un puente entre los varones, su mundo interior, sus grupos de pares y la construcción de sus masculinidades.

El consumo se asocia a distintos significados por parte de los jóvenes en sectores populares. Se constituye como una práctica que ofrece cohesión entre sus grupos de pares. También se erige como una actividad que cumple un rol importante dentro de su propia identidad. Con una actitud temeraria, los jóvenes doblan la apuesta de las masculinidades, rompen esquemas y sufren una doble estigmatización, por ser jóvenes populares y por consumir distintas sustancias que alteran su comportamiento. En un juego constante con la exposición al peligro, dan un paso más, caminan por el borde de un escenario poco amigable, agregando fortaleza y aguante a sus cuerpos.

9. Conclusiones.

En base al análisis anteriormente expuesto se pueden concluir distintos puntos que refieren a los espacios en los que se desenvuelven los jóvenes, la construcción de masculinidades, el consumo de alcohol y marihuana y cómo esto dialoga con las familias de los jóvenes.

En general los jóvenes expresan vivencias que se ven mediadas por el ser hombres, tanto dentro como fuera del hogar. Si en el espacio doméstico se habla de una menor carga doméstica, en la calle se ve una mayor libertad de tránsito, una despreocupación al momento de usar el espacio público, como también una despreocupación en las distintas labores domésticas. Así mismo, la legitimación del ejercicio de la violencia parece ser un fenómeno que se ve tanto al interior del hogar como fuera de éste, constituyéndose ambos espacios como desiguales simbólicamente.

Frente a estas diferencias en torno a roles de género en ambos espacios, los jóvenes expresan un cuestionamiento ante esto. Este cuestionamiento tiene distintas implicancias en base al espacio, si el disputar las divisiones en base al género dentro del hogar significa poner en tensión los puntos de encuentro con sus figuras parentales, en la calle significa una acción más compleja y que involucra a más personas. La calle en sectores populares significa un espacio hostil, que al

igual que el hogar se divide en base al género. Un cuestionamiento directo al orden hegemónico del género en muchos casos significa una mayor exposición a posibles represalias de distinto tipo. Es así como en la calle y la hostilidad con la que los jóvenes la definen, hace que muchas veces tengan que adoptar actitudes y roles tradicionalmente conceptualizados como masculinos, como la violencia o la prepotencia frente a cualquier peligro.

Así mismo, se pueden apreciar distintas características que los jóvenes nombran respecto al ideario de masculinidad hegemónicas según el espacio. Al interior del hogar los jóvenes nombran como fundamental dentro de la masculinidad hegemónica el rol de proveedor económico de la familia, encarnado en el rol del padre. Por otra parte, también aparece el ejercicio de la violencia como una característica que se presenta tanto en el espacio del hogar como en el de la calle, mostrando distintos niveles y matices en base al espacio en el que se ejerce. Es así que el ejercicio de la violencia al interior de la calle también se relaciona estrechamente con el consumo de drogas, en tanto los cuerpos de los jóvenes ven en la calle una prueba, el poder sobrellevar la hostilidad del espacio, como también los efectos que tiene el consumo al interior de ésta. De esta manera, la masculinidad hegemónica en el espacio público en sectores populares tiene también una estrecha relación con el consumo de drogas y un consecuente aguante, entregándole un carácter extralegal a esta, a la vez que se vuelve funcional para la reafirmación de la identidad masculina.

Respecto a las características que los mismos jóvenes asocian al ser hombre, se evidencia una disputa importante en torno al género, en tanto dicen no reconocer actividades ni actitudes eminentemente masculinas, incluso cuestionando la heterosexualidad estricta y obligatoria. Esto significa no solamente cuestionar los roles de género, sino que también remecer los cimientos de un determinismo construido en torno al género mismo. Lo anterior no significa una apatía frente a lo que significa el género, sino más bien una antesala frente a nuevas posibilidades, en tanto los jóvenes aún han de enfrentarse a las consecuencias de una marcada división de actividades y roles entre hombres y mujeres.

En lo que refiere al consumo de drogas y el inicio en estas prácticas, se ha podido ver cómo esto significa un hito en la vida de los jóvenes y sus familias. Para los jóvenes, el consumo se constituye como un ritual en dos sentidos, primero significa superar la infancia integrándose en prácticas asociadas a lo juvenil, y segundo, supone un cuestionamiento a un orden, tanto legal como adulto, en tanto el consumo en menores de edad, que según los entrevistados es la tendencia, está penado por la ley.

De esta manera, consumir siendo menor de edad significa tomar distintas acciones para no ser descubiertos. Es así como en muchos casos el consumo de alcohol y marihuana se desplaza a espacios como la calle, en tanto carece de supervisión parental o adulta directa, lo cual cómo se ha visto anteriormente no está exento de distintas dificultades y peligros, en especial en el caso de los jóvenes de sectores populares.

Por parte de padres de los jóvenes que se inician en las prácticas de consumo de drogas, estos se encuentran frente a un punto de inflexión de suma importancia, en donde el cómo abordar esto puede ser decisivo. El consumo de alcohol y marihuana en jóvenes es una realidad que se vive hace décadas, es por esto que muchos padres y madres no les sorprende que los jóvenes consuman, sobre todo alcohol por ser legal su venta y consumo en mayores de edad. Sin embargo, el consumo de marihuana y la reacción de los padres muestra diferencias, por su carácter ilegal y las consecuentes prácticas asociadas por situarse por fuera del marco de la ley.

En general el adoptar un perfil democrático para abordar el consumo de los jóvenes promete mejores resultados, en tanto se provee de herramientas y experiencias a los jóvenes que se están integrando en el mundo del consumo de drogas, a diferencia de una actitud más autoritaria que vele por la mera prohibición y deje a los jóvenes a la deriva en un espacio que aún les es desconocido.

Siguiendo con la relación que guarda el consumo con la construcción de masculinidades en jóvenes de sectores populares, se ha podido evidenciar que el espacio que rodea al consumo se erige en sus inicios como homosocial. De esta manera, los jóvenes significan las prácticas de consumo de drogas como un espacio en donde se encuentran con su grupo de pares varones. El consumo de distintas sustancias ha de entenderse como una actividad que le compete a los hombres, un espacio de encuentro para ellos, en donde se reafirma la amistad entre varones y que cohesiona al grupo a medida que el consumo es sostenido en el tiempo. Todo esto ocurre en un punto en el cual los jóvenes siguen aprendiendo qué es el ser hombre y qué cosas hacen.

Es en estas prácticas que el consumir en espacios como la calle se construye como una apuesta viril, el saber sortear los peligros de ésta, poder dominar incluso en los estados más desfavorables la hostilidad que reina en el espacio público de sectores populares, el desarrollar un aguante específico.

A su vez, el consumo de alcohol y marihuana logra sobrellevar una de las mayores dificultades que tiene el ser hombre dentro de un paradigma hegemónico, la no expresión de sus propias emociones. Es por medio de altos niveles de consumo que los jóvenes varones ven un espacio que posibilita el sincerar sus más profundos sentimientos, todo esto por medio de un momento de desinhibición que les permite, aunque sea por un momento, correr los límites de lo que es posible expresar para un varón.

Retomando la hipótesis con la que se trabajó, podemos evidenciar que efectivamente el consumo de alcohol y marihuana se relaciona de manera contextual con la construcción de masculinidades, en tanto el valor que se les asocia a estas sustancias responde al espacio dónde se consume. Es así como el consumo de dichas sustancias en contextos populares, sobre todo en espacios públicos como la calle, adquiere un valor viril, funciona como una práctica que genera cohesión a los grupos entre varones, a la vez que otorgan cierto status entre jóvenes de sectores populares, en tanto cuestiona el orden adulto y legal al cual deben someterse.

La presente investigación puede dar ciertas luces de distintas problemáticas relacionadas al consumo de distintas drogas que vale la pena tomar en cuenta. Una de ellas es el consumo de drogas sintéticas y las consecuencias de un consumo sostenido en el tiempo, en tanto se ha visto un alza en la aparición de nuevas drogas sintéticas y de laboratorios en Chile que las producen (Mesa Nacional de Nuevas Sustancias Psicoactivas, 2020; Observatorio del Narcotráfico, 2021). Lo anterior toma mayor importancia en tanto aún no se expresan los efectos de un consumo prolongado en una importante cantidad de jóvenes en Chile.

Otro camino interesante para tomar en torno a las investigaciones que guardan relación con el consumo de distintas sustancias sería uno que integre una óptica de género, enfocándose en las prácticas y significados que las mujeres jóvenes en Chile construyen en torno al consumo. Así mismo, vale la pena tomar en cuenta un análisis comparado en torno a los significados que los jóvenes en Chile otorgan al consumo según clase social.

Lo anterior podría otorgar ciertas luces de cómo abordar esta problemática atendiendo a las realidades que viven los distintos sectores de la población, pudiendo de esta manera afinar el lente para un fenómeno complejo y multidimensional como lo es el consumo de drogas en jóvenes, teniendo como horizonte el concientizar y prevenir distintas problemáticas asociadas a este fenómeno.

Dando cuenta de que el entramado social juega un rol fundamental en las identidades masculinas populares, es que se pudo ver las prácticas de consumo como un ejercicio de socialización masculina constante, en donde la exposición a la calle y al peligro a temprana edad supone un escenario en el cual los varones pueden desenvolverse, aprehendiendo pautas y valores que responden directamente a los roles de género, tanto al interior del hogar como fuera de este. Es así como el consumo de marihuana y alcohol adquiere un rol central en el ser hombre en sectores populares, posibilitando la reafirmación de una relación social entre varones, aportando a la formación de una identidad y también como fisura que posibilita la expresión de aquello que en muchos casos la masculinidad hegemónica busca negar. De esta manera, el consumo no se ve exento del sistema social que lo rodea, en donde el género, la clase social y las juventudes configuran experiencias específicas caracterizadas por la reproducción y tensión de un sistema patriarcal, clasista y adultocéntrico.

Referencias

- Abela, J. A. (2002). Las técnicas de análisis de contenido: una revisión actualizada. *Centro de Estudios Andaluces*.
- Aguilera, O. (2009). Los estudios sobre juventud en Chile: coordenadas para un estado del arte. *Última década*, 17(31), 109-127.
- Alpízar, L., & Bernal, M. (2003). La construcción social de las juventudes. *Última década*, 11(19), 105-123.
- Álvarez, S. (2016). Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos. *BOLETÍN CULTURAL Y BIBLIOGRÁFICO*, 50(91).
- Abrahamson, M. (2004). Alcohol in courtship contexts: focus-group interviews with young Swedish women and men. *Contemporary drug problems*, 31(1), 3-29.
- Amaya González, C. A., & Román Niño, S. (2018). Efecto del estigma sobre los consumidores de marihuana frente al consumo responsable.
- Arroyo, M. M. M., Garcell, J. R., Icaza, M. E. T. M. M., Romero Mendoza, M. P., & Gorn, S. B. (2012). Los nuevos empresarios: Trayectoria del uso a la venta de drogas en contextos de fiesta. *Salud mental*, 35(6), 475-481.
- Azócar, M., Bruna, M., Gutiérrez, F., & Velasco, N. (2015). ¿Se reproduce la segregación urbana de la Región Metropolitana a nivel comunal? Un análisis educacional y territorial de la comuna de Puente Alto. *Revista CIS*, 12(19), 101-130.
- Badinter, E. (1993). Xy: la identidad masculina. *Cuenta y razón*, (75), 132-142.
- Bardín, L. (1986): El análisis de contenido. Madrid: Akal.
- Becker, H. S. (2008). *Outsiders*. Simon and Schuster.
- Becoña I. E. (2000). Los adolescentes y el consumo de drogas. *Papeles del psicólogo*. 77(12), 25-32.

- Bellis, M. A., & Hughes, K. (2004). Pociones sexuales. Relación entre alcohol, drogas y sexo. *Adicciones*, 16(4), 249-258.
- Berger, P. L. & Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad* (Vol. 975). Buenos Aires: Amorrortu.
- Bonino, L. (2003). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 6, 7-3
- Bonder, G. (1999): «La construcción de las mujeres jóvenes en la investigación social». *VI Anuario de Investigaciones*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Boscán Leal, A. (2008). Las nuevas masculinidades positivas. *Utopía y praxis latinoamericana*, 13(41), 93-106.
- Brandes, S. (2002). Bebida, abstinencia e identidad masculina en la Ciudad de México. *Alteridades*, (23), 5-18.
- Bravo, S. (2017). Culturas de Consumo de Alcohol y Cocaína en Mujeres Jóvenes de la Región Metropolitana: Territorios Psicotrópicos de la Experiencia Femenina Juvenil Urbana. Disponible en <http://repositorio.uchile.cl/handler/2250/152481>
- Burin, M. (2007). Precariedad laboral, masculinidad, paternidad. *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*, 87-120.
- Calafat, A., Fernández, C., Juan, M., Anttila, A., Arias, R., Bellis, M. A., ... & Kokkevi, A. (2003). *Enjoying the nightlife in Europe: The role of moderation*. Valencia: Irefrea.
- Calafat, A., Juan, M., Becoña, E., & Mantecón, A. (2008). Qué drogas se prefieren para las relaciones sexuales en contextos recreativos. *Adicciones*, 20(1), 37-48.
- Calafat, A., Juan, M., Becoña, E., Mantecón, A., & Ramón, A. (2009). Sexualidad de riesgo y consumo de drogas en el contexto recreativo. Una perspectiva de género. *Psicothema*, 21(2), 227-233.
- Carrillo, C. D., & Revilla, J. A. (2006). Masculinidad entre padres (madre y padre) e hijos. *La*

ventana. *Revista de estudios de género*, 3(23), 96-126.

Chávez, A., R., Rivera-Rivera, L., Leyva, L., A., Sánchez, E., M., & Lazcano, P., E. (2013). Orientación al rol de género y uso de tabaco y alcohol en jóvenes de Morelos, México. *Salud pública de México*, 55, 43-56.

CICAD. (2019). *Informe sobre el consumo de drogas en las Américas*. Recuperado de <http://www.cicad.oas.org/oid/Informe%20sobre%20el%20consumo%20de%20drogas%20en%20las%20Am%C3%A9ricas%202019.pdf>

Ciper Chile. (2020). Desigualmente conectados. Recuperado el 17 de enero de 2022. <https://www.ciperchile.cl/2020/04/08/desigualmente-conectados/>.

Cobos, E. G. (2008). Adolescencia y familia: revisión de la relación y la comunicación como factores de riesgo o protección. *Revista intercontinental de psicología y educación*, 10(2), 105-122.

Colina, C. (2009). La homofobia: heterosexismo, masculinidad hegemónica y eclosión de la diversidad sexual. *Razón y palabra*, 14(67).

Cornejo, J. (2010). Jóvenes en la encrucijada. *Última década*, 18(32), 173-189.

Connel, R. W. (1997). La organización social de la masculinidad. In R. W. Connel (Ed.), *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales* (pp. 25–50). Recuperado de https://www.jerez.es/fileadmin/Documentos/hombresxigualdad/fondo_documental/Identidad_masculina/la_organizaci_n_social_de_la_masculinidad.pdf

Cooper, D. (2005). *Delincuencia y desviación juvenil*. Lom Ediciones.

Cristi, P., Alarcón, L., Manzano, J., Martínez, C., Gortaris, C., & Donoso, G. (2021). Trabajos entre crisis: aproximaciones a las experiencias de jóvenes en Chile. *Última década*, 29(56), 244-274.

De Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. *Género y salud en el Sureste de México*, 199-219.

- Del Olmo, R. (1989). Drogas: distorsiones y realidades. *Nueva sociedad*, 102, 81-93.
- Diario Financiero. (2021). Recuperado el 30 de noviembre de 2021, de <https://www.df.cl/noticias/internacional/economia/desempleo-juvenil-en-chile-fue-el-cuarto-mas-alto-entre-paises-de-la/2021-05-11/155849.html#:~:text=Chile%20se%20adjudicó%20la%20cuarta,del%209%2C3%25%20general.>
- Díez Gutiérrez, E. J. (2015). Códigos de masculinidad hegemónica en educación. *Revista Iberoamericana de Educación*.
- Díez Hernández, I. (2003). La influencia del alcohol en la sociedad. *Hospital Donostia: Servicio de cuidados intensivos pediátricos. Donostia*.
- Donoso, C. (2002). ¿Eros sentimental? Explorando los desafíos de la sexualidad masculina. *Olavarría, J. Moletto, E. Hombres: identidad/es y sexualidad/es*, 3.
- Duarte, K. (1999). *Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo* (Tesis para optar al Título de Sociólogo. Santiago: Universidad de Chile).
- Duarte, K. (2000). ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. *Última década*, (13), 3.
- Duarte, K. (2005). Construcciones de masculinidades juveniles en liceos de sectores empobrecidos. Jóvenes: la diferencia como consigna. Ensayos sobre la diversidad cultural juvenil. Ediciones CESC. Santiago de Chile.
- Duarte, K. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última década*, 20(36), 99-125.
- Duarte, K. (2016). Genealogía del adultocentrismo. La constitución de un patriarcado adultocéntrico. *Juventudes en Chile*, 17.
- Duque, J. A. P. (2010). Familia postmoderna popular, masculinidades y economía del cuidado. *CONTENIDO/CONTENTS*, 51.

Durán, M. A. (2013). Heroísmo, Violencia y Libertad en los Discursos sobre la Masculinidad Tradicional en Chile. /Heroism, violence and freedom in speeches on traditional masculinity in Chile. *Revista Liminales. Escritos sobre Psicología y Sociedad*, 2(03), 13-41.

Escohotado, A. (2000) *Historia Elemental de las Drogas*. Barcelona: Anagrama.

Farapi S.L. (2009). *Drogas y género*. Vitoria-Gasteiz: Gizonduz, Emakun de Instituto Vasco de la Mujer & Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia/ Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.

Farías, F. A. (2018). *Hacerse varón en liceos municipales: Dinámicas de género en las construcciones de masculinidades*.

Fernández, M. (2000). Pobres, borrachos, violentos y libres: notas para la reconstrucción de identidades masculinas populares del siglo XIX. *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*.

Fernández, M. (2011) *Drogas en Chile. 1900-1970: Mercado, consumo y representación*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.

Figueroa, R. (2003). *Desempleo y precariedad en la sociedad de mercado*. RIL Editores.

Frago, S., & Sáez, S. (2012). *Drogas y Sexualidad. Repercusiones en la vida erótica. Drogas y Sexualidad. Repercusiones en la vida erótica*.

Friend, R., Weis, L., & Fine, M. (1993). Beyond silenced voices: class, race and gender in United States school. *Choices, not closets: heterosexism and homophobia in School*. Albany: State University of New York, pp. 209-235.

Fuentes, L., Mac-Clure, O., Moya, C., & Olivos, C. (2017). Santiago de Chile: ¿Ciudad de ciudades? Desigualdades sociales en zonas de mercado laboral local. *Revista de la CEPAL*, 121, 93-109.

Fuller, N. (1997). Fronteras y retos: varones de clase media del Perú. *Masculinidad/es*, (24),

145, pp. 49-62.

Gaete, T. (2007). Representaciones sociales de psicólogos sobre el consumo de drogas, consumidores y tratamientos." El juicio psicológico". *Revista de psicología*, 16(2), 53-77.

Gaínza, Á. (2006). La entrevista en profundidad individual. En Canales, M. (Ed.), *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*, (pp. 219-263). Santiago: Lom.

García, J., López, I. E., & Callejo, J. (2010). Hombres jóvenes de la Ciudad de México: juventud e identidad masculina. *Culturales*, 6(11), 83-128.

García, D. A. C., & Ríos, D. C. T. (2020). Representaciones sociales de masculinidad, un proceso de identidad del hombre. *Revista Iberoamericana de la educación*, 3(4).

Gargantini, D. M. (2019). Derecho a la ciudad y narcotráfico: La revalorización del espacio público en contextos de avance del narcotráfico.

González, A. B., López, C. A. S., Muñoz, D. G., & Bustos, C. P. (2014). Significado de la experiencia del consumo de sustancias psicoactivas en un grupo de adolescentes institucionalizados. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 32(1), 53-69.

Gil, G. (1998). "La construcción de la masculinidad en los cánticos de las hinchadas deportivas". Ponencia presentada en el Congreso de Ecuador de Antropología y Arqueología 1999.

Guevara Ruiseñor, E. S. (2006). Construcción de la masculinidad en la escuela y la familia en jóvenes universitarios. *Psicología para América Latina*, (8), 0-0.

Gutiérrez, J., & Delgado, J. (1997). Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. *Metodología de las ciencias del comportamiento*. Madrid: Proyecto Editorial Síntesis Psicología.

Gutmann, M. C., & Aviñoá, P. R. (1998). Machos que no tienen ni madre: La paternidad y la masculinidad en la ciudad de México. *Revista de Estudios de Género, La Ventana E-ISSN: 2448-7724*, 1(7), 120-165.

Hardy, E., & Jiménez, A. L. (2001). Masculinidad y género. *Revista cubana de salud pública*, 27(2), 77-88.

Hernández, C., & Alcoceba J. A., (2015). Socialización virtual, multiculturalidad y riesgos de los adolescentes latinoamericanos en España. Virtual socialization, multiculturalism and risks among Latin American adolescents in Spain. *Revista ICONO14 Revista científica de Comunicación y Tecnologías emergentes*, 13(2), 116-141.

Holter, G., & Olsvik, E. (2000). Norway national report on research on men's practices. Workpackage 1. Retrieved from Chrome EU Network at: <http://www.cromenet.org>.

Infantes, A. T., & Delgado, A. D. V. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas tendencias en antropología*, 2(1), 80-103.

Jackson, M. C., Hastings, G., Wheeler, C., Eadie, D., & MacKintosh, A. M. (2000). Marketing alcohol to young people: implications for industry regulation and research policy. *Addiction*, 95(12s4), 597-608.

Jones, D. (2010) Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea. Buenos Aires: CICCUS – CLACSO.

Krause, M. (1995). La investigación cualitativa: un campo de posibilidades y desafíos. *Revista temas de educación*, 7(7), 19-40.

León, M. (1995). La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina. Bogotá: TM Editores.

López, F. (2002). El análisis de contenido como método de investigación. XXI: *Revista de Educación*, 4, 167-17.

Lorde, A. (1985). I am your sister: Black women organizing across sexualities. Latham, NY: Kitchen Table Press, Women of Color Press.

Lozano, J. A. C. (2015). Crónicas del aguante: Fútbol violencia y política. *Educación Física y Deporte*, 34(2), 13.

Luna-Fabritius, A. (2015). Modernidad y drogas desde una perspectiva histórica. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 60(225), 21-44.

Matus, C. (2005). El carrete como escenario: una aproximación etnográfica a los códigos de la sexualidad ocasional en jóvenes urbanos. *Ultima década*, 13(22), 09-37.

Mesa Nacional de Nuevas Sustancias Psicoactivas. (2020, octubre). *Informe Mesa Nacional de Nuevas Sustancias Psicoactivas* (N.º 4). <https://www.interior.gob.cl/media/2021/05/Informe-No.4-Mesa-Nacional-de-Nuevas-Sustancias-Psicoactivas-octubre-2020.pdf>

Michaud, P. A., & Narring, F. (1997). Saturday night fever: circumstances of the first sexual intercourse among Swiss teenagers. *Journal of Adolescent Health*, 2(20), 167.

Montesinos, R. (1996). Vida cotidiana, familia y masculinidad. *Revista Sociológica*, 11(31), 183-203.

Moulian, T., & Marín, G. (1998). *El consumo me consume*. Santiago: lom.

Munarriz, B. (1992). Técnicas y métodos en investigación cualitativa. En Abalde, E., & Muñoz, J. M. (Ed.), *Metodología educativa I. Jornadas de Metodología de Investigación Educativa* (pp. 101-116). Coruña: Universidade Da Coruna Servicio De Publicacions.

Municipalidad de Puente Alto. (s. f.). Antecedentes demográficos de la comuna de Puente Alto. Recuperado 5 de mayo de 2020, de https://www.mpuntealto.cl/localizate/?page_id=5811

Muñoz Tamayo, V., Durán, C., & Thayer, E. (2014). Los jóvenes populares urbanos frente a la prensa escrita y digital: distorsiones, identificaciones, distancias y silencios. *Ultima década*, 22(41), 89-123.

Núñez, M. T. S., Fernández-Berrocal, P., Rodríguez, J. M., & Postigo, J. M. L. (2008). ¿Es la inteligencia emocional una cuestión de género? Socialización de las competencias emocionales en hombres y mujeres y sus implicaciones. *Electronic journal of research in educational Psychology*, 6(2), 455-474.

Observatorio chileno de drogas. (2018). Décimo Tercer Estudio Nacional de Drogas en

Población General: Resultados Principales. *Santiago, Chile: SENDA, Ministerio del Interior y Seguridad Pública.*

Observatorio del Narcotráfico. (2021, septiembre). *Informe Observatorio del Narcotráfico.*

http://www.fiscaliadechile.cl/Fiscalia/quienes/observatorio_2021.pdf

Olavarría, J. (2000). De la identidad a la política: masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX. *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia, 11*, 115-130.

Olavarría, J. (2003). ¿En qué están los varones adolescentes? Aproximación a estudiantes de enseñanza media. *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina, 15*.

Olavarría, J. (2005). ¿Dónde está el nuevo padre? Trabajo doméstico: de la retórica a la práctica. *Familia y vida privada. Transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos, 215-50*.

Ozonas, L., & Pérez, A. (2004). La entrevista semiestructurada. Notas sobre una práctica metodológica desde una perspectiva de género. *La Aljaba, 9(5)*, 198-203.

Parrini, R. (2000). Los poderes del padre: paternidad y subjetividad masculina. *J. Olavarría & R. Parrini (Comp.), Masculinidades: Identidad, sexualidad y familia. Primer encuentro de masculinidad, 69-78*.

Quintero V. Á. M. (2013). La familia según un enfoque de convergencia: diversidad familiar, género y sexualidad.

Rees, R., & Valenzuela, A. (2003). Características individuales y de la estructura familiar de un grupo de adolescentes abusadores de alcohol y/o marihuana. *Revista chilena de neuro-psiquiatría, 41(3)*, 173-186.

Reyes-Housholder, C., & Roque, B. (2019). Chile 2018: desafíos al poder de género desde la calle hasta La Moneda. *Revista de ciencia política (Santiago), 39(2)*, 191-216.

Rich, A. (1996). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *DUODA: estudis de la diferència sexual*, (10), 15-48.

Riso, W. (2008). *La afectividad masculina*. Planeta/Zenith.

Rojas, J., C. (2020). Cuarentena, aislamiento forzado y uso de drogas. *Cuadernos de Neuropsicología/Panamerican Journal of Neuropsychology*, 14(1).

Romo-Avilés, N. (2011). Cannabis, juventud y género: Nuevos patrones de consumo, nuevos modelos de intervención. *Trastornos adictivos*, 13(3), 91-93.

Ruíz, P. T., & Mandujano, S. M. V. (2021). Explorando nuevas formas de ser varón: análisis de narrativas en la construcción de una masculinidad alternativa. *PsiqueMag*, 10(2), 46-57.

Sánchez, M. M., Gutiérrez, R. B., Rodríguez, J. M., & Casado, M. P. (2008). Influencia del contexto familiar en las conductas adolescentes. *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, (23), 391-408.

Sancho, M. D. (2014). Sociología de la desviación: Howard Becker y la “teoría interaccionista de la desviación”.

Senda. (2019, 2 abril). Presidente Sebastián Piñera lanza plan nacional Elige vivir sin drogas”. Recuperado 26 mayo, 2019, de <http://www.senda.gob.cl/presidente-sebastian-pinera-lanza-plan-nacional-elige-vivir-sin-drogas/>

Schöngut, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia.

Sierra, S. C. (2002). Homofobia y masculinidad. *El cotidiano*, 18(113), 8-14.

Simkin, H., & Becerra, G. (2013). El proceso de socialización. Apuntes para su exploración en el campo psicosocial. *Ciencia, docencia y tecnología*, 24(47), 119-142.

Snell, W. E., Belk, S. S., & Hawkins, R. C. (1987). Alcohol and drug use in stressful times: The influence of the masculine role and sex-related personality attributes. *Sex Roles*, 16(7-8), 359-373.

- Taylor, S. J., & Bogdan, R. (2008). La entrevista en profundidad. *Métodos cuantitativos aplicados*, 2, 194-216.
- Tomasini, M., Bertarelli, P., & Esteve, M. (2015). Rechazo, tolerancia y reconocimiento. Sentidos sobre expresiones homo eróticas y afectivas en jóvenes cordobeses. In *XI Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Uceda-Maza, F. X., Navarro-Pérez, J. J., & Pérez-Cosín, J. V. (2016). Adolescentes y drogas: su relación con la delincuencia. *Revista de estudios sociales*, (58), 63-75.
- Valdés, T., & Olavarría, J. (1998). Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, 12-35.
- Valenzuela, P. (2007). Masculinidad y Relaciones de Poder entre los Hombres.
- Vásquez del Águila, E. (2013). Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades. *Política y sociedad*, 50(3), 817-835.
- Vázquez, V., & Castro, R. (2009). Masculinidad hegemónica, violencia y consumo de alcohol en el medio universitario. *Revista mexicana de investigación educativa*, 14(42), 701-719.
- Wittig, M. (2006). El pensamiento heterosexual. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, 45-58. Barcelona: Egales.
- Zorrilla, C. G. (1987). Drogas y control social. *revista Poder y Control N*.
- Zucal, J. (2005a). Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol. *Cuadernos de antropología social*, (22), 201-216.
- Zucal, J. (2005b). “Soy macho porque me la aguanto”. Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas”. En Alabarces, P., Conde, M. (Ed.), *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.